



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

El enlace

El coronel Cush-Marlowe, enlace principal entre Londres y Washington ha sido secuestrado. En el momento de su secuestro, el coronel era portador de los documentos que contenían el resumen anual con las puntualizaciones finales sobre diversos asuntos de las relaciones Washington-Londres. La CIA, en colaboración con el FBI, decide encargar el asunto a la agente Baby.



Lou Carrigan

El enlace

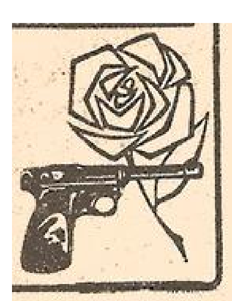
Brigitte en acción - 248

Archivo Secreto - 189

ePub r1.0

Titivillus 24.08.2019


PROYECTO SCRIPTORIUM
Titivillus in culpa est



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

La señorita Brigitte Montfort, periodista famosa en el mundo entero, codiciada por todos los servicios de prensa internacionales, llegó en su «Cadillac» al aeropuerto Kennedy. Estacionó el coche, tomó del asiento contiguo el maletín rojo con florecillas azules, y se apeó.

El hecho de que la señorita Montfort llevase consigo el maletín rojo con florecillas azules era claro indicio de que, en aquellos momentos, su personalidad había cambiado. Ya no era la periodista que trabajaba en exclusiva para el *Morning News* de Nueva York, sino la agente Baby de la CIA. La secretísima agente Baby, cuyo nombre constaba en todos los ficheros de espionaje del mundo. Un nombre temido y admirado… Como espía, Brigitte Montfort estaba aún más cotizada que como periodista. Sólo que la agente Baby, cuyo verdadero nombre pocas personas conocían, acostumbraba trabajar casi en exclusiva para la CIA.

Casi en exclusiva.

En realidad, se podía decir que era la CIA la que ponía a disposición de Brigitte Montfort sus grandes medios, su poderosa organización. Y, a decir verdad, era sumamente fácil conseguir los servicios dé la agente Baby: sólo había que demostrarle que su labor, su riesgo de la vida, iba a resultar beneficiosa para la Humanidad. Si tal convencimiento llegaba al ánimo de la espía más peligrosa del mundo, ésta podía trabajar sin empacho alguno para cualquier servicio de espionaje, incluidos el ruso y el chino, por ejemplo. Esto aparte de las muchísimas ocasiones en que Baby se había jugado la vida en aventuras particulares, siempre encaminadas a conseguir la paz y la justicia mundiales.

Tras cerrar el «Cadillac», Brigitte se alejó, mirando a todos lados del estacionamiento, inexpresivo el rostro. Hasta que, junto a uno de los coches estacionados, vio a un hombre que le hacía señas. Un hombre joven, atlético, de rostro atractivo y simpático,

correctamente vestido.

Brigitte se dirigió hacia allá. Cuando llegó, el hombre le sonrió, sin poder ocultar un gesto de preocupación, mientras mantenía abierta la portezuela derecha de atrás.

—Esto está que arde —comentó.

—¡Hola, Simón! —sonrió la divina espía—. No se preocupe demasiado. Han llegado los bomberos.

Simón-Floristería, ayudante de Charles Alan Pitzer, que dirigía la Sección New York de la CIA, no pudo evitar la sonrisa. Brigitte entró en la parte de atrás del coche, sentándose junto a Pitzer, que la esperaba con evidente impaciencia. A sus sesenta años cumplidos, el experto y veteranísimo espía Charles Alan Pitzer, había llegado ya a una conclusión definitiva: lo que Baby no pudiese resolver, no lo resolvería nadie en el mundo. Nadie. ¿Inteligencia? ¿Astucia simple? ¿Suerte? Como fuese, cuando Brigitte Montfort se reunía con él, Pitzer podía lanzar un suspiro de alivio, todo podía resolverse.

—Por fin ha llegado —murmuró.

—¡Hola, tío Charlie! —le dedicó, también, una sonrisa, Brigitte…—. ¿Usted sabe de dónde vengo?

—De su apartamento, ¿no? —se desconcertó Pitzer.

—En efecto. ¿Y sabe dónde está mi apartamento?

Pitzer la miró atónito. ¿Que si lo sabía? ¿Cómo no había de saberlo, si allí pasaba, desde hacía años, los momentos más gratos de su vida?

—Claro que lo sé —mascculló.

—Pues dígamelo.

—En la Quinta Avenida; en el Crystal Building, frente a Central Park.

—Muy bien. Ahora que ya se ha situado, dígame, ¿habría tardado usted menos tiempo que yo en llegar al aeropuerto desde el centro de Manhattan?

Simón-Floristería, que se había sentado ante el volante, con la cabeza vuelta hacia el asiento de atrás, emitió una risita de simpatía y de afecto. Del grandioso afecto que sentía hacia la niña mimada de la CIA, y, en especial, del propio Charles Alan Pitzer.

—Estamos todos muy preocupados —disculpó a su jefe—. Y desconcertados.

—Bueno, ya ha llegado Baby —sonrió de nuevo ésta—. ¿Qué ha ocurrido?

Los grandes, inmensos, bellísimos ojos azules de Brigitte quedaron fijos en los de Pitzer, pequeños, inteligentes, duros. El contraste entre el menudo hombrecillo de la CIA y la muchacha de largos cabellos negros que enmarcaban un rostro delicioso, de boquita sonrosada y barbilla delicadamente firme, con un hoyuelo vertical que resaltaba el encanto de sus facciones, no podía ser mayor, La belleza de Brigitte Montfort no terminaba en el rostro, sino que éste parecía, simplemente, el lógico remate al más espléndido cuerpo femenino que pudiera imaginarse. Espléndido y elegante, tersa y dorada por el sol la finísima piel, que parecía de seda y oro…

—Han secuestrado al coronel Cush-Marlowe —musitó Pitzer.

Brigitte alzó las cejas.

—¿Un secuestro? Bueno, eso es cosa del FBI, ¿no? Y ya están las cosas demasiado mal, en nuestras relaciones, para que les pisemos el terreno operacional.

—Ya estamos en contacto con el FBI, y ellos no tienen inconveniente en que intervengamos. Sería absurdo.

—¿Por qué sería absurdo?

—Lo que interesa es encontrar al coronel Cush-Marlowe… si es que todavía sigue con vida.

Brigitte aceptó el cigarrillo que le tendía Simón. Aceptó seguidamente la llamita del encendedor, y se quedó pensativa, expeliendo el humo hacia la abierta ventanilla. Agosto. Mucho calor. El coche parecía un homo.

—Lo entenderé todo mejor, tío Charlie, si empieza usted por el principio. Por ejemplo: ¿quién o qué es el coronel Cush-Marlowe? ¿Debo entender que es algo especial, aparte de militar?

—En efecto. Es uno de los enlaces entre Londres y Washington… El enlace principal; el más importante. Usted ya sabe que entre Washington y Londres hay enlaces directos, hombres que viajan con mucha frecuencia entre ambas capitales, portando intercambio de informaciones diversas.

—Sí, claro, ya sé eso. ¿Llevaba el coronel Cush-Marlowe información en el momento de su secuestro?

—Desde luego.

—¿Qué clase de información?

—El resumen anual con las puntualizaciones finales sobre diversos asuntos de las relaciones Washington-Londres.

—¿Cuáles son esos diversos asuntos? ¿Lo sabe usted?

—No se me ha informado de ello. Pero si usted quiere conocerlos, le pediré esos datos a la Central.

De nuevo quedó Brigitte pensativa, mientras seguía contemplando el humo de su cigarrillo.

—A decir verdad, no me gusta enterarme de según qué cosas, tío Charlie. Por lo tanto, vamos a esperar un poco antes de hacer esa petición a la Central. A fin de cuentas, puede que decida no intervenir en esta investigación, y en ese caso, cuantas menos cosas sepa, mejor. Veamos, dice usted que estamos interviniendo nosotros y el FBI, de donde lógicamente, se desprende que el coronel Cush-Marlowe, y sobre todo su valija, son muy importantes… Lo cual es fácil de comprender. Ahora bien: si ya está la CIA y el FBI en marcha… ¿qué esperan que aporte yo? Sólo sería un… investigador más, ¿no le parece?

—No necesitamos un investigador más, ciertamente —movió la cabeza Pitzer—. Necesitamos a alguien que nos diga cómo se puede hacer una cosa que es imposible.

—No hay nada imposible —rechazó Brigitte—. Siempre hablando en términos serios y razonables, claro. Supongo que no irá a contradecirme diciendo que es imposible que una ballena vuele.

—Esas tonterías se quedan para el bruto de Minello —refunfuñó Pitzer—. Yo voy a hablarle en términos absolutamente razonables. Atienda: el coronel Edgar Cush-Marlowe, de la RAF británica, sale con su valija esta mañana, a las ocho, del aeropuerto de Heathrow-Londres; a la una de la tarde, el avión llega al Kennedy Airport… Hora local, se entiende. Y de ese avión descienden todos los pasajeros… excepto el coronel Cush-Marlowe.

—Eso es imposible —murmuró. Brigitte.

—¿Lo ve? ¡Ya estamos de acuerdo!

—Ese hombre ha tenido que abandonar el avión, tío Charlie.

—Estamos convencidos de ello. Pero… díganos usted cómo lo ha hecho.

—Bueno… Puede que abandonase el avión, fuese a los lavabos del aeropuerto por ejemplo, y allá tuviese un accidente, o algo

parecido… ¿No?

Pitzer dejó de mover negativamente la cabeza.

—No —negó de viva voz—. No pudo salir del avión sin ser visto por los dos agentes especiales que siempre esperan al enlace de turno. Estos dos agentes esperan siempre al enlace al pie de la escalerilla del avión. Se hacen cargo de él, evitándole el paso por los servicios normales de aduanas y demás, y lo conducen a una avioneta que espera en otra pista del aeropuerto, lista para despegar hacia Washington, allá, en el Foster Dulles Airport, hay un hombre que espera con un coche. En ese coche, el enlace y los tres agentes especiales, se dirigen, o bien hacia el Pentágono, o bien, directamente a la Casa Blanca. Depende de la importancia de la valija. En esta ocasión, naturalmente, el coronel Cush-Marlowe debía ser llevado directamente a la Casa Blanca.

—Pero ha desaparecido.

—Sí.

—Naturalmente, los dos agentes especiales estaban al pie de la escalerilla del avión, esperando al coronel.

—Naturalmente.

—¿Lo conocen?

—Desde luego. No salió del avión.

—Quizá ni siquiera lo abordó —susurró Brigitte.

—Lo abordó. El mismo sistema que aquí impera allí, en Londres: el enlace es llevado en coche al aeropuerto, por agentes especiales británicos, que no se separan ni un instante de él, hasta que sube al avión. Cuando el enlace está ya en el avión, los dos agentes permanecen allí, hasta que despega. Luego comunican con su centro de comunicaciones intercontinentales, y este centro se comunica con Washington, notificando que, en efecto, de acuerdo a lo previsto, el enlace ha salido en tal vuelo, tal día a tal hora. Eso pone en marcha nuestro mecanismo de recepción que ya le he explicado.

—Pues es muy intrigante… A menos que ese avión haya hecho escala en algún sitio.

—No. El vuelo es directo: Londres-New York. El avión despegó con el coronel Cush-Marlowe a bordo… y al llegar aquí, no había ni rastro del coronel.

—¿No pudo desembarcar mientras los dos agentes, quizá desconcertados, lo buscaban por los vestíbulos del aeropuerto, o

algo parecido?

—Claro que no. Cuando todos los pasajeros hubieron desembarcado, los agentes subieron al avión, y preguntaron si quedaba a bordo algún pasajero. La respuesta fue negativa. Uno de ellos recorrió todo el avión, sin encontrar a Cush-Marlowe. Luego, mientras el otro se quedaba en el avión, fue a avisar de lo sucedido. Si Cush-Marlowe hubiese estado en el avión, lo habrían visto. Si hubiese salido, lo habrían visto. Y ciertamente, el coronel emprendió el viaje, y el avión no ha efectuado ninguna escala. Insisto: vuelo directo Londres-New York.

—Bien… ¿Están seguros de que no está en el avión?

—Completamente seguros. Hay un equipo del FBI y otro nuestro que lo han registrado a fondo, buscando a Cush-Marlowe como si éste fuese del tamaño de una judía. Y no está.

—Entonces, es que lo han sacado del avión.

—Eso creemos. La pregunta es: ¿cómo?

—Quizá dentro de una maleta grande, o de un baúl… ¿No?

—Podría ser —admitió de mala gana Pitzer—. El hecho cierto es que se pensó en ello, pero demasiado tarde, casi todos los equipajes habían sido ya retirados de la cinta transportadora.

—¿Y piensan dejar las cosas así?

—Es muy probable que procedamos a controlar a todos los pasajeros de este vuelo, pero, claro, ya no será posible saber si un baúl o una maleta grande propiedad de uno de ellos contenía lo normal o el cuerpo de Cush-Marlowe. Eso, por un lado. Por otro, no parece posible que haya sido sacado así del avión.

—¿Por qué no?

—El compartimiento de equipajes del reactor está al cuidado de un mozo de vuelo que tiene la llave. No es probable que un pasajero lleve allá a otro, entre tranquilamente, meta en un baúl a Cush-Marlowe, y salga… sin que el mozo de vuelo se dé cuenta. Hay otra cuestión, además: los equipajes son revisados en la aduana, casi en su totalidad. No parece factible que el cuerpo de un hombre pase desapercibido dentro de un baúl, ¿verdad?

Brigitte metió el cigarrillo en el cenicero de la puerta de su lado, y sonrió, pero frunciendo el ceño.

—¡Zambomba!, como diría Frankie… ¡esto sí que es interesante!

—Yo diría que es inquietante.

—También, también… Vamos a ver: ¿se ha especulado sobre la posibilidad de que el mozo de vuelo, o cualquier otro miembro de la tripulación del avión haya podido… colaborar en este extraño hecho?

—Están todos detenidos, y por supuesto, se procederá a investigarlos minuciosamente. Pero mientras tanto, el coronel Edgar Cush-Marlowe ha desaparecido misteriosamente de un avión en vuelo… con su valija.

—Sí… La valija. Hablemos de esa valija… ¿Es un portafolios?

—Sí. Un portafolios de acero forrado de piel. Se transporta según el viejo estilo diplomático, esto es, sujetando el portafolios a la muñeca del enlace por medio de unas esposas.

—Pero el enlace tiene la llave de las esposas, ¿no?

—No. Ni de las esposas, ni del portafolios. Ambas llaves están aquí, en Washington.

—Eso quiere decir que el enlace no puede desprenderse del portafolios, ni abrirlo.

—Exactamente.

Brigitte Montfort se rascó la coronilla, por entre su hermosa mata de negros cabellos, con gesto graciosísimo de perplejidad.

—¡Zambomba! —repitió—. Bueno, supongo que sabemos cuándo fue visto por última vez en el avión el coronel Cush-Marlowe, y qué hacía.

—La mayoría de los pasajeros ya se habían marchado, así que no se les ha podido interrogar, por el momento. En cuanto a las azafatas, no lo recuerdan.

—Pero sí vieron al coronel durante el vuelo.

—Sí, por supuesto. Es un hombre interesante: alto de buena presencia, atractivo, cabellos grises en las sienes, elegante… Y llevaba un portafolios sujeto a su muñeca por medio de esposas, no lo olvidemos. No es fácil que pase desapercibido.

—¿Viajaba sin escolta directa en el avión?

—Nunca se consideró necesaria.

—Bueno —Brigitte miró irónicamente a su jefe y querido amigo de tantos años—, es de suponer que ahora cambiarán de opinión al respecto, por muy directo que sea el vuelo. Me gustaría…

Bajo la chaqueta de Pitzer, a la altura del corazón sonó un suave zumbido. El jefe del sector New York de la CIA sacó la pequeña

radio de bolsillo, admitiendo la llamada.

—¿Sí?

—Señor, los del FBI han encontrado algo, en uno de los lavabos: unos pequeños cristales transparentes e incoloros.

—¿De qué son?

—A ninguno se nos ocurre. Los del FBI solicitan nuestro consentimiento para llevarlos a sus laboratorios.

Brigitte estaba haciendo señas a Pitzer, y éste las interpretó con exactitud.

—No —negó—. Esperen unos minutos: queremos ver esos cristales.

—Bien, señor.

Pitzer cerró la radio y se la guardó, mirando siempre a Brigitte, que dijo:

—Precisamente iba a decir que me gustaría echar un vistazo a ese avión.

—Pues vamos allá…

—Un momento, por favor.

La periodista-espía abrió el maletín, que puso en manos de Simón. Luego se quitó el ligero vestido, le dio la vuelta, y se lo volvió a poner: ahora no era azul claro, sino de color amarillo pálido. Luego, del maletín sacó una peluca rubia, que se colocó con gestos rápidos y precisos… El azul de sus ojos desapareció tras las lentillas de contacto de color verde. Y un par de pequeñas almohadillas de espuma de nylon completó la transformación cuando, al colocárselas en la boca, entre los dientes y las mejillas, éstas se hincharon un poco.

—¿Cómo estoy?

—Guapísima, como siempre —sonrió Simón—. Pero ya no parece la señorita Montfort.

—Entonces, perfecto. Vamos allá.

Capítulo II

El avión, un gigantesco *Boeing 707* había sido desplazado a un rincón del conjunto de pistas, y estaba rodeado de hombres vestidos de paisano y algunos agentes de policía. Nadie podía acercarse allí, pero, naturalmente, Charles Alan Pitzer no tuvo el menor problema en ese sentido, por lo que Simón pudo conducir el coche hasta menos de veinte metros del aparato.

Cuando se apearon, un hombre corría ya hacia el coche. Al apearse la bellísima rubia, la miró vivamente, un tanto sorprendido; pero sólo durante un segundo. En seguida, sonrió.

—Apuesto a que sé quién es usted —dijo.

—Si usted se llama Simón —sonrió la rubia—, seguro que lo sabe.

—Soy un Simón, en *efecto* —sonrió más ampliamente el agente de la CIA; pero quedó súbitamente serio al darse cuenta de que Pitzer le miraba con el ceño fruncido—. Les están esperando, señor. Hemos encontrado algunos trocitos más de ese cristal.

—¿Todos en ese lavabo? —preguntó Baby.

—Sí, desde luego.

—¿En qué clase viajaba el coronel?

—En primera, por supuesto… ¡Oh, sí, entiendo!, desde luego, esos cristalitos están en el lavabo de primera clase.

—Vamos a verlos.

Se dirigieron los cuatro hacia la escalerilla adosada al avión, seguidos por las miradas de todos los hombres que lo vigilaban por aquella parte. Miradas estupefactas, ante la belleza de la espléndida rubia.

En lo alto de la escalerilla especial les esperaba un hombre, que tras saludar con un gesto a Pitzer, fijó su mirada en los verdes ojos de la rubia, y luego miró de nuevo a Pitzer.

—El inspector especial del FBI, Neal Tatcher —presentó Pitzer, movió la barbilla hacia Baby—. La señorita Lili Connors, colaboradora de la CIA. Quisiéramos ver esos cristalitos, Tatcher.

Neal Tatcher, cincuenta años, cuerpo robusto, ojos oscuros, cabellos grises, boca de cepo, estiró un poco los labios al oír lo de «colaboradora de la CIA», pero se abstuvo de hacer comentarios. Señaló hacia el interior del aparato.

—Están a su disposición…, aunque nos gustaría llevarlos a nuestros laboratorios.

En el receptáculo del avión había dos hombres. Uno de ellos sostenía en una mano un pañuelo desplegado, sobre el cual brillaban pequeños fragmentos cristalinos. Baby los estuvo mirando unos segundos; luego se inclinó, y los olfateó, casi tocándolos con Ja punta de la nariz.

Se irguió, mirando a Tatcher.

—¿Pueden facilitarnos el informe, en un par de horas?

—Aproximadamente, sí.

—Son suyos.

—Gracias. Lleváoslos ahora mismo, Phil.

—Sí, señor.

Los dos agentes del FBI abandonaron el avión. Baby pidió que la llevasen al lavabo en cuestión. Dentro, habían todavía dos hombres, arrodillados y con el rostro casi tocando el piso, en busca de más cristalitos.

—Yo creo que tenemos suficientes —dijo Baby—. Me gustaría echar un vistazo ahí dentro, inspector Tatcher.

—Cómo no —sonrió el hombre del FBI.

Los dos *G-men* salieron del lavabo, y la señorita Lili Connors entró en él y cerró la puerta, dejando fuera a todos. Salió un minuto más tarde, y examinó el cierre de La puerta. Pitzer, Tatcher, los Simones, y dos agentes del FBI que habían acudido, la miraban en silencio. Por el resto del avión, agentes de uno y otro servicio seguían buscando no sabían qué.

—¿Puedo recorrer el avión o es mejor que espere a que hayan tomado todas las huellas posibles? —preguntó Baby.

—Si usted no fuese usted —dijo Tatcher—, le pediríamos que esperase. Pero como usted es usted, no tengo dudas de que nada será alterado, señorita Connors.

—Gracias. ¿Por cuánto tiempo podremos tener el avión… confiscado?

—Todavía no lo sé. Eso se está tramitando por otros canales.

—Consigan el máximo de tiempo posible. También quiero las listas de todos los pasajeros de este avión, y si es posible, sus domicilios en Estados Unidos o en Gran Bretaña, cuánto equipaje llevaban, motivo del viaje y si es la primera vez que lo hacen o son habituales… Quiero saber también quién se sentaba junto al coronel Cush-Marlowe, quiénes hablaron con él, y hay que encontrar a la última persona que lo vio, para que nos diga qué hacía. Asimismo, me gustaría saber quiénes entraron en este lavabo, y si fue al principio del viaje o al final. Pregunten si Cush-Marlowe estuvo en el bar, y si habló allí con algún pasajero de la primera clase o de otra… Quiero un reportaje completo sobre este vuelo. ¿Alguna duda?

Neal Tatcher, atónito, consiguió parpadear, por fin, y miró a Pitzer, el cual se limitó a asentir con la cabeza.

—*Okay* —masculló Tatcher.

—Naturalmente —sonrió la rubia—, nosotros vamos a colaborar en toda esa investigación.

—Puede llevarnos semanas —murmuró Tatcher.

—Bueno. Pero ése es nuestro trabajo, ¿no?

Neal Tatcher sonrió.

—Desde luego.

—Voy a echar un vistazo por ahí. No se molesten en acompañarme, puedo hacerlo sola. Y si desaparezco en este avión, quizá sea el modo de saber cómo desapareció el coronel, ¿no les parece?

Pero la señorita Connors no desapareció. Invirtió unos veinte minutos en revisar el avión completamente, de proa a popa. Cuando se reunió con Tatcher y Pitzer, éstos la miraron con expresión interrogante, pero ella se encogió de hombros, y no hizo comentario alguno al respecto.

—Quisiera hablar, ahora, con los miembros de la tripulación y el personal del servicio —pidió.

—Los acompañaré —se ofreció Tatcher.

—Muy amable.

El personal de la compañía aérea que había efectuado aquel

vuelo se hallaba en uno de los despachos del aeropuerto, custodiado por dos agentes del FBI y uno de la CIA. Lo primero que se notaba en ellos era su pésimo humor. El grupo estaba compuesto por el comandante de vuelo, su ayudante, el radio, dos mozos de vuelo, un camarero y tres azafatas.

—Solamente les voy a hacer una pregunta —dijo Lili—, y les ruego que la conteste cualquiera de ustedes que crea tener una respuesta: ¿a alguno de ustedes se les ocurre un medio para sacar del avión a una persona, sin que nadie se dé cuenta de ello?

Hubo cambios de miradas entre los miembros de la tripulación. Por fin, el comandante masculló:

—Sólo se nos ocurre que ese hombre que ha desaparecido pudo ser sacado del aparato en un baúl.

—Por lo que veo, ésa es la teoría más aceptada por todos —miró de uno a otro de los mozos de vuelo—. ¿Cuál de ustedes es el encargado del compartimiento de equipajes?

—Yo —alzó una mano el requerido.

—¿Cree que pudo suceder lo que todos pensamos?

—¿Qué?

—Le pregunto si le parece posible que alguien pudiera introducir a un hombre en el compartimiento de equipajes, meterlo en un baúl, salir…, y todo ello sin que usted se diese cuenta.

—Claro que no —masculló el hombre.

—Gracias. Pueden retirarse.

—¿Podemos marcharnos? —exclamó el comandante.

—Naturalmente. Ustedes han hecho un largo vuelo, luego han sido retenidos aquí varias horas, y supongo que estarán cansados y aburridos. Ya no les molestamos más. Sólo voy a pedirles que, por favor, se pongan de acuerdo con el inspector Tatcher para que éste pueda localizarlos en cualquier momento, por si tuviésemos que hacerles algunas preguntas más. ¿Les parece bien?

—Nos parece estupendo —sonrió el comandante—. Gracias.

Lili sonrió, y salió del despacho, seguida por sus acompañantes. En el pasillo, Lili le tendió la mano a Tatcher.

—Cuando hayan analizado esos cristalitos, sean tan amables de ponerse en contacto con el señor Pitzer.

—Lo haremos inmediatamente.

—Gracias. ¿Saben dónde llamarlo?

—Por supuesto —sonrió maliciosamente Tatcher.

—Ha sido un placer conocerle, inspector. ¡Adiós!

—¡Adiós…, Baby! —como Lili Connors le mirase con gesto entre irónico y sorprendido, Tatcher encogió los hombros, y añadió—: ¡Caray!, ¿quién había de ser, si no? Llega usted aquí, se pone a dar órdenes, toma decisiones…, y todo ello estando presente el jefe del sector New York de la CIA. Está bien claro, ¿no?

—¿Qué le parece, tío Charlie? —sonrió Baby—. Parece evidente que el FBI tiene un buen servicio de información.

La carcajada del agente del FBI que acompañaba a Tatcher debió oírse en todo el Kennedy Airport.

Poco después, tras desprenderse de los elementos de su disfraz, Lili Connors, convertida de nuevo en Brigitte Montfort, se dispuso a abandonar el coche de Pitzer, diciendo:

—Tengo que recoger mi coche. Me reuniré con ustedes en la floristería.

—Espere un momento —murmuró Pitzer—. ¿Cree que ha hecho bien dejando marchar a la tripulación del avión? Son los más adecuados para…

—Vamos, vamos, tío Charlie… Todo lo que hagamos es inútil: solamente una persona sabe cómo pudo ser evacuado el coronel Cush-Marlowe del avión.

—¿Qué persona?

—La persona que lo sacó del aparato, evidentemente. Y esa persona, sea quien sea, no nos lo dirá jamás.

—¿Por qué no? —refunfuñó Simón, sentado ante el volante, pero siempre vuelto hacia Brigitte—. Vamos a emprender Una búsqueda de todas las personas que viajaron en…

—Será inútil, Simón. Jamás sabremos cuál lo hizo.

—Pe… pero… pero, entonces… ¿por qué ha ordenado usted que todos los pasajeros sean investigados, y que…?

—Algo hay que hacer, ¿no cree? Y por otra parte, tenemos que dar una sensación de actividad…, para que estén convencidos de que nos hallamos completamente desorientados.

—Bueno, eso es seguro —gruñó Pitzer.

—¿Usted cree? —sonrió la divina.

Pitzer y Simón cambiaron rápidamente una mirada, y el segundo exclamó:

—¿Usted no está desorientada?

—Sólo en el modo en que sacaron al coronel del avión. Por lo demás, la cosa está bien clara.

—¿Cómo que está clara? —casi gritó Pitzer.

—¡Explique eso! —exigió Simón.

Brigitte volvió a sentarse junto a Pitzer, sonriendo.

—Veamos… ¿Ustedes no imaginan lo que significan esos pequeños cristalitos transparentes, encontrados en el lavabo?

—Pueden ser los restos de una cápsula de gas narcótico, como las que utiliza usted con frecuencia —saltó Simón.

—En efecto. Lo cual quiere decir que sean quienes sean los que han realizado esta operación, quieren tener al coronel vivo. Y si lo quieren vivo…

—¿Por qué supone eso?

—No es una suposición, es una certeza. De otro modo, si no lo quisieran vivo, no se habrían molestado tanto en sacarlo del avión.

—Si lo han sacado del avión ha sido para llevarlo a algún lugar donde retirarle las esposas y conseguir así el portafolios. Les interesa el portafolios, y sólo llevándose también al coronel podían sacarlo del avión.

—No —negó Brigitte—. Usted sabe perfectamente que hay tenazas especiales para cortar acero, tío Charlie. Hoy día, arrebatar el portafolios a un correo diplomático no representa ningún problema. Sólo hace falta tener una de esas tenazas y una mano fuerte para cortar la cadena de unas esposas. Así pues, cuando el coronel Cush-Marlowe fue narcotizado en los lavabos, bastaban unos segundos para cortar la cadena, y apoderarse del portafolios, naturalmente, hacia el final del viaje, de modo que cuando encontrasen al coronel dormido… o muerto en los lavabos, el portafolios estaría ya lejos.

—Ese portafolios debía ser llamativo.

—Sin duda. Por lo menos, bastante más que otro más grande en el que podía haber sido colocado. De todos modos, este portafolios más grande, habría sido revisado en la aduana, y al ser visto el de Cush-Marlowe, con una esposa y un trozo de cadena colgando, no podemos tener la menor duda de que el personal de la aduana habría sentido un gran interés. No, no, no… Tienen al coronel y, naturalmente, el portafolios. Ya nos dirán para qué.

—¿Nos lo dirán? —respingó Simón.

—¿Qué nos apostamos? —sonrió Brigitte.

—Nada —respingó de nuevo Simón—. ¡Nada! ¡Con usted no quiero apuestas! Todavía no estoy loco.

—Me alegra oír eso —rió Brigitte—. Hasta luego.

Esta vez sí, Brigitte se alejó hacia donde estaba estacionado su «Cadillac».

Hacia las siete y cuarto de aquella tarde, el inspector Neal Tatcher llamó a Pitzer por teléfono a la floristería. Y tras conversar con el hombre del FBI, el jefe del sector New York de la CIA regresó al cuarto donde tenía la radio con la que podía comunicarse directamente con la Central en Langley, y con todos los hombres que atendían los diversos puestos del sector.

En ese cuarto, Brigitte y Simón esperaban pacientemente, fumando y charlando. Los dos miraron a Pitzer, que asintió con la cabeza.

—En efecto. Esos cristalitos corresponden a un pequeño receptáculo de gas narcótico. Hemos convenido con Tatcher en que las investigaciones respecto a todos los pasajeros se iniciasen inmediatamente.

—Está bien —asintió Brigitte—. Eso significa, por asombroso que nos parezca, que sacaron a Cush-Marlowe narcotizado, sí.

—Pero… ¿cómo? —preguntó por milésima vez Simón.

Brigitte Montfort quedó pensativa quizá también por milésima vez. Aquélla era la clave de todo el asunto: ¿cómo habían podido sacar de un avión a un hombre narcotizado? La única respuesta posible y razonable era la que se refería a los equipajes; para que un hombre fuese sacado del avión sin ser visto, sólo podía conseguirse metiéndolo en una maleta grande o un baúl. Pero… ¿no era eso demasiado riesgo? En cualquier aduana del mundo es posible que los empleados decidan no abrir tal o cual maleta. Sí, es posible. Pero el riesgo de que sea abierta es demasiado grande. Eso aparte de que un baúl que en lugar de contener ropas contiene el cuerpo de un hombre cuyo peso puede oscilar entre setenta y noventa kilos, es ciertamente un baúl llamativo. Hay que sacarlo del avión, transportarlo a la cinta de entrega… ¿Y quién se hace cargo allí de un baúl que puede pesar ochenta kilos? ¿Quién tiene agallas para eso? Luego, hay que abrir el baúl, con un porcentaje de seguridad

de noventa y ocho entre cien. ¿Quién se coloca en unas aduanas norteamericanas con un baúl, dentro del cual hay un hombre dormido?

—No sé cómo ha sido —susurró—. Pero estoy segura de que no han utilizado la vía de los equipajes.

—Pues no creo que el coronel haya podido convertirse en el hombre invisible —gruñó Simón.

—Aun así, seguiría pesando sus ochenta kilos, más o menos —rió Brigitte; miró su relojito, y luego a Simón de nuevo—. ¿No cree que nuestro compañero de la Central habrá llegado ya con los datos que pedimos, Simón?

El ayudante de Pitzer miró También su reloj, y se puso en pie, asintiendo.

—Iré a la base del helicóptero. Si no ha llegado llegará mientras yo voy hacia allá.

—Regrese en seguida con todo el material.

—Claro.

Simón-Floristería regresó poco después de las ocho, cargado con un portafolios de aspecto corriente, que depositó ante Brigitte, en silencio. Pero la divina espía movió negativamente la cabeza, y señaló con la barbilla a Pitzer.

—El envío es para el jefe del sector —dijo.

—Pero estos datos los ha pedido usted —dijo Pitzer—. Además, ¿qué importancia tiene eso entre nosotros, Brigitte?

—Ninguna —aceptó ella.

Abrió el portafolios, sacó dos sobres, y tendió uno a Pitzer, quedándose el otro. De éste, sacó unas cuantas fotografías del tamaño de cuartillas corrientes, en colores. En esas fotografías aparecía el coronel británico Edgar Cush-Marlowe, en varias poses, y tomas, unas de cerca, otras de lejos. El conjunto permitía conocer no sólo las facciones del coronel, sino su estatura, su tipo, su actitud al caminar… Brigitte dedicó especial atención al primer plano de frente del enlace desaparecido, escrutando aquellas facciones correctas y viriles. Edgar Cush-Marlowe aparentaba unos cincuenta y cinco años, y en sus inteligentes ojos pardos había una profunda expresión de inteligencia, y de cautela que parecía más bien una desconfiada vigilancia matizada por una cortesía perfecta. A juicio de Brigitte, Cush-Marlowe era el clásico militar de voluntad férrea

al que resultaría muy, muy difícil engañar.

—Un hombre como éste… —empezó a decir, alzando la mirada hacia Pitzer.

Ya no dijo nada más, de momento. Se quedó mirando a Pitzer, que estaba lívido, con la mirada fija en los papeles que estaba leyendo. Parecía alucinado. De pronto, parpadeó, y se quedó mirando a Brigitte, que parpadeó a su vez, inquieta.

—¿Qué ocurre, tío Charlie?

Pitzer se pasó la lengua por los labios.

—¿Quiere saber lo que contenía el portafolios del coronel Cush-Marlowe? —musitó.

—Naturalmente —Brigitte miró los papeles que casi temblaban en las manos de Pitzer—. De otro modo, no habría pedido esa información a la Central.

—Puedo resumírselo en pocas palabras: estudio definitivo de propuestas de la postura política conjunta de Estados Unidos y Gran Bretaña con respecto a Europa para el bienio 1976-77; estudio definitivo de una propuesta conjunta angloamericana a Malta para el establecimiento de unas bases, intercambio de información política, militar y económica entre Gran Bretaña y Estados Unidos referidas respectivamente al continente europeo y americano; acuerdo privadísimo entre ambas naciones relacionado con su actitud en la OTAN para el próximo año; disposiciones para instalar en toda Rusia una red conjunta de espionaje social; propuesta para un estudio en común de la reunión de Helsinki; diversos acuerdos secretos de proyección militar… ¡Por Dios!

Charles Alan Pitzer parecía un cadáver puesto en pie. A su lado, Simón estaba tan lívido como su jefe. En cuanto a Brigitte, si se la veía menos pálida era sin duda debido al tono de su piel, siempre dorada por el sol pero su boca estaba abierta, en un gesto de estupefacción y espanto.

Por fin, pudo musitar:

—¿Cómo… cómo se atreven a enviar semejantes datos por medio de un solo hombre? ¡Santo cielo, es una locura!

—Lo hacen una vez al año… Generalmente, los enlaces entre ambos gobiernos transportan información de menos importancia, o, en todo caso, fraccionada. Pero el portafolios de Cush-Marlowe contenía todo lo mencionado…, y más, con las conclusiones

definitivas anuales, que se deciden siempre a finales de julio, antes del inicio de las vacaciones. ¡Es terrible!

Brigitte asintió con la cabeza, y quedó unos segundos pensativa, antes de murmurar:

—Esto ha sido planeado con mucho tiempo, estudiando muy bien la operación. Y por supuesto, nos indica claramente que quienes la han realizado conocen perfectamente todo el mecanismo de este intercambio de información entre los gobiernos británico y norteamericano… Es una completísima operación del más puro espionaje, tío Charlie.

Pitzer se dejó caer en una silla, anonadado.

—¡Y pensar que toda esa información tiene que estar ya en ruta hacia…! —se desconcertó de pronto—. ¿Hacia dónde? ¿Rusia?

—¿Cómo saberlo? —Se resigno Brigitte.

—Bueno —intervino Simón— de todos modos, es de suponer que esos documentos estaban redactados en clave, ¿no? Por lo tanto, quizá no consigan…

—Vamos, Simón —le miró Brigitte—, no sea niño. Cualquier servicio de espionaje de primera categoría dispone de personal y maquinaria electrónica capaz de descifrar, hoy en día, cualquier clave por complicada que sea. Pueden tardar sólo unos minutos, o una semana, pero la clave será descifrada.

—En ese caso, va a ser el golpe más terrible que habrá recibido la CIA y el Servicio Secreto en más de veinte años… ¿No es así?

—Evidentemente.

—Quizá… quizá estemos a tiempo de impedir que esos documentos lleguen a… a donde sea. Bueno —se turbó Simón—. He dicho otra tontería ¿verdad?

—Me temo que sí, Simón —asintió Brigitte.

—¿Qué hacemos? Algo tenemos que hacer, ¿no es así?

—Lo único que se me ocurre hacer por el momento —la divina espía se puso en pie—, es irme a casa, y esperar.

—Esperar, ¿qué?

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Simón, pero… tengo la intuición de que tiene que suceder algo. No olvidemos que tienen vivo al coronel Cush-Marlowe.

—¡Ya han debido matarlo!

—Que no —negó Brigitte—. Para matarlo fuera del avión, no se

habrían molestado en sacarlo de allí. Deben tener algún proyecto bien determinado respecto al coronel, estoy segura, Esperemos.

Capítulo III

No fue una espera demasiado larga.

A las once y media de la mañana siguiente, la señorita Montfort fue recogida en la terraza del Crystal Building por un helicóptero, que recorrió en poco más de hora y media la distancia entre Nueva York y la Central de la CIA en Langley, a una velocidad propia de su diseño especial.

Cuando el aparato se posó en el césped que rodeaba el gran edificio sede del espionaje norteamericano, habían dos hombres esperando a Brigitte, que fue inmediatamente conducida al despacho del hombre que dirigía el Grupo de Acción de la CIA en todo el mundo: *Mister* Cavanagh, el ex espía de primerísima categoría que había ascendido por méritos propios a uno de los más importantes puestos de la Central Intelligence Agency.

En cuanto la puerta de su despacho se abrió, se puso en pie, y movió la cabeza en saludo hacia su mejor agente internacional, agitando sus largos cabellos grises, que formaban una melena parecida a la de un león.

—Bien venida —musitó.

Baby se limitó a sonreír. Cavanagh miró a los dos hombres, y éstos salieron del despacho, cerrando la puerta. Cavanagh salió de detrás de la mesa, y se acercó a Brigitte, cojeando, tendiendo su mano.

—No han sido los rusos —dijo, mientras Brigitte se la estrechaba cariñosamente.

—¿Los rusos no han secuestrado a Cush-Marlowe? —alzó las cejas Brigitte—. ¿Quiénes, entonces?

—Algún cretino estúpido que ha tenido la genial idea de enfrentarse a la CIA.

—No comprendo.

Cavanagh, que todavía tenía entre las suyas la mano de Brigitte,

la condujo hacia el sofá, donde se sentaron ambos.

—En bastantes ocasiones —dijo—, usted ha tenido oportunidad de enfrentarse a grupos de espionaje privado, dirigidos por… elementos verdaderamente exóticos que tenían planes fabulosos sobre el mundo respecto a su poderío militar, su espionaje, sus riquezas y posibilidades en general… Pues bien: tenemos frente a nosotros a otro de esos grupos, Brigitte.

La espía se pasó un dedito por la punta de la nariz, como si quisiera retirar una inoportuna manchita.

—¿Quiere decir, señor, que todo esto lo ha planeado gente ajena a los servicios de espionaje habituales?

—Así es.

—Absurdo.

—¿Le parece absurdo? —se sorprendió Cavanagh—. ¿Por qué?

—No lo sé, pero me parece absurdo. De todos modos, antes de seguir conversando, me gustaría saber por qué me ha hecho venir con tantísima urgencia.

Cavanagh fue hacia su mesa, tomó un papel, y regresó al sofá, tendiendo el papel a Brigitte.

—Es una simple carta, que ha llegado por correo simple.

Baby asintió, tomando la cuartilla y preguntando:

—¿De dónde es el matasellos del sobre?

—De Baltimore. Echaron la carta a un buzón ayer por la tarde, y ha llegado esta mañana, en el primer reparto del correo.

Baby asintió de nuevo, y se dedicó a leer la carta que alguien había tenido la desfachatez de enviar a la CIA.

La carta decía así:

«CIA - Langley»

«Dirección.

»Muy Sres. nuestros:

»Por la presente les comunicamos que tenemos en nuestro poder al coronel británico Edgar Cush-Marlowe, el cual, como bien saben, realiza labores de enlace entre los gobiernos británico y USA. Es obvio que, al mismo tiempo, tenemos también su valija, sobre cuyo contenido, en principio, no sentimos el menor interés. Sin embargo, tenemos la certeza de que el servicio de espionaje soviético sí sentiría interés por la

valija del coronel Cush-Marlowe, y, hemos calculado que podrían llegar a pagar por ella hasta dos millones de dólares ($2.000.000). En ese precio naturalmente, iría incluida la vida del coronel, si son ustedes quienes deciden pagar la citada cantidad.

»Si están dispuestos a pagar, envíen a un hombre a la Librería Bishops, de Langley; este hombre deberá comprar un ejemplar de Portrait of a marriage*, y salir de la librería mostrándolo claramente sostenido por su mano derecha apretándolo contra el pecho. Poco después, recibirán noticias nuestras con las instrucciones definitivas.*

»Atentamente,

*»*Phanton Group*».*

Cuando Brigitte terminó la lectura, se quedó mirando a Cavanagh, estupefacta.

—No sé si echarme a reír o a llorar —dijo—. ¿Qué quiere decir?

—Parece la carta que escribiría un tendero a un cliente ofreciéndole… ¡qué sé yo!, melones recién llegados de California, por ejemplo.

—Sí —sonrió secamente Cavanagh—. No es probable que quien ha escrito eso reciba alguna vez el Premio Nobel de Literatura, en efecto. ¿Y qué me dice del nombrecito que se han puesto esa gente? ¡Phanton Group, nada menos!

—Grupo Fantasma —sonrió a su vez Brigitte—. Fantástico en verdad. Aunque adecuado, ¿no le parece?

—¿Adecuado?

—Bueno, supongo que hace falta ser un auténtico fantasma para sacar de un avión a un hombre como Cush-Marlowe sin que nadie pueda aportar ningún dato al respecto. ¿Ha decidido ya lo que vamos a hacer, señor?

Cavanagh soltó un resoplido.

—Naturalmente, ya he enviado un hombre a comprar ese libro a la Librería Bishops, en cuanto hube leído esta carta. Con eso no perdemos nada. Luego, ya veremos qué hacemos.

—Sólo podemos hacer dos cosas: pagar, o no pagar. Y claro está que, en principio, aceptaremos pagar, ¿no es así?

—Dos millones de dólares por la valija que transportaba Cush-

Marlowe es un regalo. Esa gente podía haber pedido mucho más.

—Deben ser unos pobres tontos —deslizó Brigitte. Cavanagh se quedó mirándola fijamente. Por fin, asintió con un gesto de su leonina cabeza.

—Por supuesto, yo también he pensado que pretenderán jugar sucio. Unos tipos así de listos deben tener planes muy concretos sobre esa valija. Por ejemplo, cobrar dos millones de dólares y no devolvernos la valija. O bien, devolvérnosla, pero después de haberla abierto y obtenido fotocopias de los documentos, que venderán luego a Rusia, China, y quizá a todos los servicios secretos de Europa.

—Eso sería catastrófico para los ingleses y para nosotros, ¿no?

—Por lo menos sería muy desagradable. Mucho. En definitiva, hagamos lo que hagamos, esos documentos llegarán a conocimiento de muchas personas. Así que me pregunto por qué tenemos que pagar dos millones de dólares.

—Eso es lo que ellos previnieron, lo que les impulsó a molestarse tanto en llevarse al coronel Cush-Marlowe. ¿Por qué pagar? Pues, simplemente, por la vida del propio Cush-Marlowe.

—Lo matarán, de todos modos.

—Sí —murmuró sombríamente Brigitte—. Desde luego que lo matarán. A menos que nosotros hagamos algo.

—Quizá todo lo que hagamos sea inútil: es muy posible que Cush-Marlowe ya esté muerto. Es cierto que se lo llevaron, pero lo hicieron solamente para forzarnos a pagar, para que admitamos la posibilidad de rescatarlo con vida. Una vez sentado esto, simplemente, lo habrán matado. No vamos a engañarnos, ¿verdad, Brigitte?

Esta suspiró profundamente.

—No, no vamos a engañamos. Pero creo que estamos obligados a apurar todas las posibilidades de rescatar con vida al coronel. Así que, mientras esperamos la nueva… misiva del Grupo Fantasma, analicemos el asunto desde otro punto de vista: ¿qué sabemos de los demás enlaces?

Cavanagh volvió a sonreír secamente, apretando sus delgados labios que parecían un férreo cepo.

—Estaba sorprendido de que no enfocase el asunto desde ese lado —asintió—. Sí, en efecto, será cuestión de interesarse

debidamente por los demás enlaces. En total, son catorce…, y parece evidente que uno de ellos ha debido asesorar al Grupo Fantasma.

—Pero también ha podido ser otra persona, ¿verdad?

—Sí. Hay muchas personas que conocen las idas y venidas de esos enlaces Londres-Washington. Admitiendo la existencia de un traidor que haya informado y asesorado al Grupo Fantasma, ese traidor puede estar, incluso, dentro de la Casa Blanca. Y no digamos en Londres… Los enlaces, no tienen casi nunca idea de lo que transportan. En cambio, hay personal en Londres y Washington que sí lo sabe.

—Por lo tanto, sería una pérdida de tiempo investigar a los demás enlaces. Del mismo modo que estamos perdiendo el tiempo investigando a todos los pasajeros del avión… Quiero decir, a los que puedan ser localizados. Todo lo que hagamos es inútil, sí… Sólo hay una cosa que podría darnos una solución inmediata.

—¿Qué cosa?

—Saber cómo sacaron a Cush-Marlowe del avión. Puede que yo me esté obsesionando con esto, pero no puedo evitarlo. Tiene que haber un medio rápido, eficaz, y sin riesgos, para sacar a un hombre de un *Boeing 707* sin que nadie se dé cuenta. Cuando sepamos cuál fue ese medio, la solución no admitirá dudas.

—Hay unos cuantos expertos estudiando los planos y las maquetas de un *Boeing 707*, así como todas las características del vuelo desde que el avión despegó en Heathrow hasta que aterrizó en el Kennedy. Se están estudiando todas las posibilidades.

—También por ahí estamos perdiendo el tiempo, estoy segura —reflexionó Brigitte—: tiene que ser algo sencillísimo. Tan sencillo, tan fácil, que nadie reparará en ello, jamás. Aunque… lo que se le ha ocurrido a una persona se le puede ocurrir a otra, ¿verdad? Sólo es cuestión de pensar, de reflexionar, de concentrarse…

—Y de encontrar la solución a tiempo.

—Sí —admitió Brigitte, contrariada—. Sí, desde luego… Bien, supongo que por el momento lo único que podemos hacer es esperar…, y reflexionar.

—Estupendo —sonrió, ahora más espontáneamente, Cavanagh.

—¿Qué es estupendo?

—Que usted reflexione.

—Bueno —rió Baby—, no confíe demasiado, señor. A fin de cuentas, mi cerebro es normal y corriente, no una computadora.

Cierto. El cerebro de Brigitte Montfort, aunque distase mucho de ser normal y corriente, no era una computadora. Así que, a las cinco y media de la tarde, no había encontrado la solución al problema que la tenía obsesionada: ¿cómo habían sacado a Edgar Cush-Marlowe del *Boeing 707*?

Pero a las cinco y media sí llegó otra solución: una carta firmada por el Grupo Fantasma. Esta vez no llegó por medio del correo normal, sino en manos de un intimidado empleado de una mensajería privada de Washington. La carta llegó a poder de *mister* Cavanagh, y el empleado de la mensajería regresó a Washington… acompañado por dos agentes de la CIA, cuya misión consistía en averiguar en la mensajería quién había entregado aquella carta para que fuese llevada a la Central de la CIA en Langley.

Estos dos agentes regresaron hacia las ocho, y, apenas entrar en el despacho de Cavanagh, movieron negativamente la cabeza.

—Inútil, señor.

—¿Qué han averiguado?

—El empleado que se hizo cargo de la carta recuerda perfectamente al hombre que se la entregó. Si usted lo desea, podemos dictarle el retrato a uno de los dibujantes.

—Descríbanme primero a mí a ese hombre.

—Bueno… Un sujeto de raza blanca, que parecía tener unos cincuenta años. Llevaba una larga y tupida barba, lentes oscuros, y vestía corrientemente.

—Era de esperar —musitó Cavanagh.

—¿Pasamos la descripción completa a un dibujante, señor?

—No. No me gusta que mis hombres trabajen para nada. Pueden retirarse.

De nuevo a solas con Baby en su despacho, Cavanagh fue a sentarse en un sillón, frente a Brigitte, que fumaba, muy pensativa. Junto a ella, en el sofá, estaba la última misiva recibida.

—Lo han preparado todo muy bien, ¿verdad? —gruñó Cavanagh.

—Han cometido un error.

—¡Bien! —exclamó Cavanagh—. ¿Cuál?

—Todas las disposiciones para la entrega están muy bien

estudiadas, pero quizá debieron exigir que el pago se realizase por la noche: habría sido todo mucho más difícil para nosotros. En cambio, a las diez de la mañana, tenemos muchas posibilidades.

—¿De qué?

Brigitte tomó el mapa que había junto a la carta, y volvió a examinarlo atentamente. Señaló el punto donde el Grupo Fantasma exigía la entrega del dinero.

—Aquí, un hombre estará esperando con un coche, para recoger el dinero. Luego se irá, y evidentemente, cualquier acción por nuestra parte contra ese hombre acarrearía teóricamente la muerte de Cush-Marlowe…

—¿Teóricamente?

—Sí, puesto que quizá Cush-Marlowe ya está muerto, ahora. Lo consideramos vivo teóricamente, ¿no es así?

—Claro… Siga.

—Bien. El hombre que recogerá el dinero tendrá que llevarlo a alguna parte, lógicamente. Si nosotros tuviésemos la pésima idea de detener a ese hombre, sólo conseguiríamos que teóricamente matasen a Cush-Marlowe, por no cumplir las condiciones. Por otra parte, sería absurdo suponer que el Grupo Fantasma no ha previsto un riesgo tan simple, así que, para evitarse contratiempos, el hombre que irá a recoger el dinero no sabrá dónde está Cush-Marlowe, ni, posiblemente, sabrá demasiado sobre el Grupo Fantasma. Perderíamos el tiempo, y la vida de Cush-Marlowe. ¿Correcto?

—Sí.

—Ahora bien, es inevitable que ese hombre entregue el dinero a alguien, en alguna parte. La posibilidad de que lo sigamos de lejos, también debe haber sido prevista. Por lo tanto: ¿dónde y cómo entregará el dinero? Tiene que entregarlo a alguien que sepa que nosotros debemos estar forzosamente lejos… Lo bastante lejos para que de ningún modo podamos alcanzarlo. Tiene que haber preparado la fuga definitiva muy bien. ¿Sugerencias?

—Un helicóptero —musitó Cavanagh.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Si nosotros utilizamos también uno o varios helicópteros, se darán cuenta. Por lo tanto, no podemos hacerlo, ya que de ninguna manera correremos el riesgo de que Cush-Marlowe esté vivo y lo

maten entonces. Hay que apurar hasta la última esperanza. Pero, no podemos utilizar helicópteros, así que el hombre que recoja el dinero irá adonde tiene un helicóptero, o bien será recogido en el camino por un compañero que aparecerá con el helicóptero, y ambos escaparán. ¿Qué podemos hacer?

—No me diga que ya no le gusta su propia idea anterior.

—Sigue gustándome —sonrió Brigitte—. Debemos admitir que no son excesivamente tontos, así que si en la maleta, además del dinero, colocásemos emisores de señales o algo parecido, se darían cuenta. De lo que es poco probable que se den cuenta es de que el dinero en sí, los billetes de cien dólares, habrán sido sometidos a contaminación radiactiva; esa pequeñísima emisión de radiactividad será captada por los contadores Geyger, tarde o temprano; a medida que la sombrilla de localización se vaya extendiendo, nos iremos acercando a los billetes, y, por lo tanto, a la guarida de esa gente, así que acabaríamos por localizarlos. Pero eso podría llevarnos días, quizá, y no podemos perder tanto tiempo si queremos aprovechar cualquier posibilidad real de que esos documentos, o sus fotocopias, sean sacadas del país por el Grupo Fantasma para venderlos en Europa, Asia o a los rusos y los chinos en la misma América… Entonces, vamos a aprovechar el error de exigir la entrega del dinero a las diez de la mañana. Es muy posible que eso nos permita actuar, luego con muchísima más rapidez.

—¿De qué modo?

—Tal como hemos convenido, seguiremos al hombre que recogerá el dinero, a mucha distancia, pues la radiactividad que irán captando nuestros contadores nos lo permitirá así. Ese hombre, no nos verá, pero seguramente, sí nos verá el del helicóptero… Nos verá a distancia tal que comprenderá que no corre peligro. Entonces, bajará a recoger a su compañero, tras alcanzarlo. Muy bien: en ese momento, o cuando veamos pasar un helicóptero por encima de nosotros, tomaremos fotografías con teleobjetivo especial.

—¿Fotografías de esos hombres?

—¡Oh, sí, también! Pero lo que nos interesa es el helicóptero.

—¿El…? ¡El helicóptero! —Cavanagh hizo chascar dos dedos—. ¡Por todos los demonios, es verdad! ¡Podemos fotografiar el helicóptero, aunque vaya muy alto, y conocer así su número de

identificación, su matrícula…! ¡Y una vez conocida la matrícula, sería cuestión de muy poco tiempo localizar a su propietario…

—¿Le parece factible?

—¡Claro que sí!

—Bueno, pues parece que ya tenemos trabajo para esta noche. Aunque no demasiado por nuestra parte, supongo. Personal adecuado se encargará de contaminar el dinero y de preparar las cámaras fotográficas y teleobjetivos… ¿No es así?

—Por supuesto.

—Entonces, vamos a dedicarnos nosotros a quehaceres realmente importantes.

—¿Cuáles?

—Caramba, Simón —sonrió Brigitte—, ¡pues cenar, por ejemplo!

—La invito… ¡La invito!

—Bueno —la divina espía guiñó un ojo—, no se puede esperar menos del hombre que me ha enviado más de cien veces a enfrentarme a la muerte… Espero que la cena valga la pena.

Capítulo IV

A las diez menos cinco minutos de aquella soleada mañana de primeros de agosto, Jason Harvey llegó al lugar exacto. Detuvo el coche, miró su reloj, y encendió un cigarrillo. Mientras fumaba, Harvey miraba a su alrededor, un tanto inquieto.

Pero a su alrededor, no parecía haber nada que debiese inquietarle. A ambos lados de la carretera, había pinos y matorrales. Una carretera secundaria, de tráfico más bien escaso. Tanto, que en cuatro minutos solamente nueve vehículos habían pasado cerca del coche de Jason Harvey, unos en dirección a Baltimore, los otros en sentido contrario.

Cuando faltaba medio minuto en su reloj para las diez en punto, Harvey metió el resto del cigarrillo en el cenicero, puso las manos sobre el volante, y se pasó la lengua por los labios. A cada instante, se sentía más y más intranquilo, pero… diez mil dólares son diez mil dólares. Y total, por un trabajo sumamente sencillo: esperar allí a un sujeto que le entregaría una maleta, y…

Harvey se irguió en el asiento, y sus manos apretaron con fuerza el volante cuando apareció el décimo coche, según sus cuentas. Le llamó la atención en seguida por el hecho de que su velocidad era bastante inferior a la de los otros. Llegaba en la dirección convenida, y, cuando estuvo a unos cien metros, sus luces emitieron un breve destello. Jason Harvey hizo destellar las de su coche, robado expresamente para aquella operación. Y, en el acto, el otro coche se detuvo.

Un hombre se apeó, y se volvió, para tomar la maleta que le tendían desde el asiento de atrás. Luego, cargado con aquella maleta, el hombre comenzó a caminar hacia el vehículo en el que esperaba Jason Harvey, el cual volvió a pasarse la lengua por los labios, que notaba secos. Cuando el hombre de la maleta estuvo a unos diez metros, Jason se apeó, y acudió lentamente a su

encuentro. Se detuvieron uno frente a otro, y Jason musitó:

—¿Se le ha averiado el coche, amigo?

—No. Sólo estoy dando un paseo.

—¿Cargado con una maleta?

—La maleta es para usted —la depositó en el suelo el que la portaba.

Bueno, ya estaba dicho todo. En algunos momentos, Jason Harvey incluso había temido que se le olvidase lo que tenía que decir, pero, por fortuna, no había sido así. El otro, tras dejar la maleta, dio media vuelta, y emprendió el regreso hacia su coche. Jason cogió la maleta, fue hacia su vehículo, tiró la maleta al asiento de atrás, y volvió a colocarse ante el volante. Se quedó mirando al hombre que seguía caminando hacia el otro coche. Cuando llegó, se metió de nuevo en el asiento de atrás. Entonces, el coche fue puesto de nuevo en marcha; maniobró, y emprendió el regreso por donde había llegado.

Exacto.

Perfecto.

Harvey puso en marcha su vehículo, maniobró también, y, a su vez, emprendió el regreso por donde había llegado. Conducía sin prisa alguna, dirigiendo frecuentes miradas al espejo retrovisor. Un coche apareció en determinado momento, pero se acercó rápidamente, lo adelantó, y desapareció carretera adelante.

Durante quince minutos, dirigiendo frecuentes miradas al mapa que había sacado de un bolsillo interior, Jason Harvey estuvo conduciendo por un determinado sector de carreteras secundarias, siempre dirigiendo miradas al retrovisor, y, de cuando en cuando, hacia el cielo.

Por fin, apareció el helicóptero.

De pronto, como un destello de sol, cegador, el pequeño aparato destacó en el azul intenso del cielo. Inmediatamente, Harvey detuvo el coche a un lado de la carretera, y, en cuanto apagó el motor, comenzó a oír el del helicóptero, que con rápida maniobra, se posó en la carretera, a muy poca distancia de Harvey y por delante de éste.

Jason salió entonces del coche, ya con la maleta, y corrió hacia el helicóptero. Pasó inclinado bajo las aspas, que seguían girando, y llegó ante el hueco de la portezuela, en el cual apareció el torso de

otro hombre; un brazo se tendió hacia Harvey.

—¡La maleta, pronto! —exigió el piloto del helicóptero.

Jason se la entregó, mientras contemplaba las pálidas facciones del chino que se hacía cargo de ella. El chino tiró la maleta tras los asientos del helicóptero, mientras Jason se asía al borde del hueco de la puerta corredera y se daba impulso para subir al helicóptero.

Y estaba ya casi dentro cuando oyó el suave *plop*, y notó el golpe en el pecho.

Súbitamente, perdió toda su fuerza. Sus manos se relajaron, su cuerpo se estremeció, su vista se nubló… Ni siquiera se dio cuenta de que caía de espaldas en la carretera. Pero, quizá debido al golpe, a la sacudida, su vista se aclaró por un brevísimo instante. Lo suficiente para ver al chino en el hueco de la portezuela, apuntándole con la pistola.

Plop.

Jason Harvey ni siquiera notó el impacto de la bala, porque fue demasiado fuerte, demasiado brutal: le entró por la boca, perforó el paladar, y, siguiendo su poderosa trayectoria, llegó al cerebro, lo destrozó, y salió por la coronilla.

De pie junto al coche, que había sido utilizado desconsideradamente, como si fuese un *jeep*, para ascender a lo alto del pequeño promontorio, Brigitte Montfort captó perfectamente esta escena con los potentes prismáticos que estaba utilizando.

—Lo ha matado —musitó—. ¡Ha matado al intermediario!

A su lado, Simón, un Simón cualquiera, pero experto en fotografía, estaba utilizando la formidable cámara provista de un no menos formidable teleobjetivo, disparando rápidamente varias fotografías.

Al otro lado de Brigitte Montfort, *mister* Cavanagh sacó la radio del bolsillo, y apretó el botón de llamada, rápidamente.

—¡Ha matado al intermediario! —repitió las palabras de Baby—. ¡Tomen fotografías desde todos los ángulos, pero no se acerquen!

Al oír esto, el cuarto miembro de la CIA que había empezado a correr promontorio abajo, pistola en mano, se detuvo en seco, y regresó junto a su compañero, que seguía tomando fotografías como si se propusiese terminar la carga en un segundo. Baby seguía mirando con los prismáticos.

—Se está elevando —advirtió—. Todos podrán volver a verlo ahora, señor.

—Se está elevando —repitió Cavanagh por la radio—. Van a volver a verlo ahora, así que tengan cuidado que no los vean a su vez a ustedes…

El helicóptero, dócil a los mandos, se elevó rápidamente, y el piloto chino, que miraba hacia abajo y a su alrededor, sonrió de un modo muy extraño cuando el sol destelló en algo, allá abajo, cerca de un grupo de pinos. Unos segundos después, cuando ya estaba muy alto, volvió a ver otro destello parecido, y entonces lanzó una carcajada.

—¡Fotografías con teleobjetivo! —exclamó—. ¡Qué inteligentes son los americanos!

Disfrutando de su propia ironía, el chino maniobró de modo que fue describiendo un amplio círculo por encima de aquella zona, dé modo que pudo ver perfectamente varios coches detenidos en las proximidades del lugar donde había aterrizado, del lugar donde yacía el cadáver de Jason Harvey. También vio perfectamente a una mujer, junto al coche detenido en lo alto de un promontorio. Distinguió sus largos cabellos negros, su esbelta figura…, pero eso fue todo, porque la mujer tenía ante el rostro unos prismáticos, y, por otro lado, la distancia era excesiva para que hubiese podido distinguir sus facciones.

—Nos volveremos a ver, Baby —susurró el chino.

Pero, no era un chino.

No.

Cuando, pocos minutos después, estaba ya muy lejos de aquella zona, el chino colocó los dedos de la mano izquierda bajo su barbilla, y despegó el borde de la máscara. Luego tiró hacia arriba, arrancándola completamente, y dejando al descubierto su rostro verdadero.

El rostro de un hombre de raza blanca, atractivo, de cortos cabellos rubios, boca grande, pómulos altos y anchos, en uno de los cuales, juntos, se veían dos pequeños lunares.

Brigitte Montfort dejó de contemplar el desencajado rostro de Jason Harvey, asintió con la cabeza, y se apartó. Dos Simones se hicieron cargo del cadáver, llevándolo hacia uno de los coches que se habían concentrado allí, tras envolverle la destrozada cabeza con

una manta de viaje. Mientras tanto, otros dos Simones se dedicaban rápidamente a tirar puñados de tierra sobre las manchas de sangre en la carretera.

—Será mejor que nos vayamos cuanto antes de este lugar —dijo *mister* Cavanagh, mirando a Brigitte acercándose a él—. Tenemos mucho trabajo por hacer.

—No servirá de nada, en cuanto al helicóptero —encogió los hombros Baby—: Llevaba los números distintivos ocultos con manchas de barro. Naturalmente, a propósito. Esperemos que el muerto pueda proporcionarnos mejor pista que ésa. ¿Cómo se llamaba?

Cavanagh le tendió la billetera.

—Según el permiso de conducir, Jason Harvey. Voy a llamar inmediatamente a la Central desde la emisora del coche, para que empiecen ahora mismo a buscar este nombre en todos los archivos, ya sean nuestros o del FBI, la Policía, o donde sea. Luego enviaremos las fotografías y las huellas dactilares.

Brigitte asintió, y mientras Cavanagh se dirigía hacia su bien dotado coche, se dedicó a examinar la billetera. El permiso de conducir, en efecto, estaba a nombre de Jason Harvey. No habían más documentos, pero sí la fotografía de una mujer, una chica joven, rubia, de sonrisa apta para hacer publicidad de dentífricos. La foto era de medio cuerpo, y Brigitte sonrió, secamente, al ver aquel medio cuerpo, porque estaba desnudo. La muchacha tenía unos pechos tremendos, descomunales, blanquísimos, y los sostenía por debajo con un gesto malicioso, alzándolos. La dedicatoria decía: «Besa a tu Kitty».

También había dinero. Exactamente, mil doscientos veinte dólares. Un billete de mil, y el resto en billetes variados, todos de menos de cien…

—Todo está listo, Baby. Podemos marchar cuando guste.

La espía alzó la cabeza, agradeció a Simón su atención con un gesto, y se dirigió hacia el coche de Cavanagh.

Quince segundos más tarde, parecía que allí no hubiese ocurrido nada.

Debían ser las doce y media cuando el gran fajo de fotografías fue llevado al despacho de mister Cavanagh, por uno de los Simones que habían intervenido en la Operación Pago.

—¿Qué? —preguntó Cavanagh—. Nada, ¿verdad?

—Me temo que no, señor. Pero tenemos el rostro de un chino. Baby no estaba equivocada, naturalmente: lo que ella vio con los prismáticos fue un chino.

—Está bien. ¿Han sido cursadas las huellas y las fotografías de Jason Harvey?

—Sí, señor: la búsqueda está en plena marcha por parte de todos los elementos disponibles, tanto nuestros como ajenos.

—En cuanto sepan algo, comuníquenmelo.

—Sí, señor.

El agente salió del despacho. Cavanagh fue a sentarse en el sofá, una vez más, junto a Brigitte, que estaba seleccionando las fotografías. Había una gran cantidad del helicóptero, pero, en efecto, el número distintivo estaba tapado con pegotes de barro que podían ser casuales, pero que, desde luego, ambos sabían que no lo eran. Lo cierto era que tenían el modelo del aparato, pero, buscar un helicóptero conociendo sólo su modelo no sería fácil en modo alguno.

Brigitte iba seleccionando las fotografías en las que aparecía el chino, y que solamente habían podido ser tomadas por uno de los agentes de la CIA, precisamente el que estuvo junto a ella en el promontorio. El trabajo de este agente había sido perfecto: se veía la entrega de la maleta, a Harvey agarrándose al borde del hueco de la portezuela, a Harvey cayendo de espaldas, al chino asomado disparando por segunda vez contra Harvey… Aquí, en esta foto, era en la que mejor se veía el rostro del chino. Brigitte desdeñó las demás fotografías, que sabía no les servirían de nada, y se quedó mirando la del chino, igual que Cavanagh.

Durante unos segundos, ambos permanecieron en silencio.

Por fin, Cavanagh murmuró:

—Bueno, esto puede cambiar mucho las cosas, ¿no le parece?

—¿En qué sentido?

—Deberíamos considerar que los chinos andan metidos en esto, supongo. Quiero decir, naturalmente, el servicio secreto chino. De todos modos —añadió rápidamente—, no me dejo cegar por esta fotografía, admito que el hecho de que intervenga un chino no es definitivamente revelador. Al fin de cuentas, hay chinos que trabajan para nosotros, por ejemplo, así que este puede estar

trabajando para cualquiera. Incluso, para ese Grupo Fantasma.

—Es un chino raro —musitó Brigitte.

—¿Raro?

—Sí. Me gustaría que ampliasen esta fotografía. —¿Aún más?

—Todo lo posible. Pero sólo el rostro del chino.

Cavanagh no hizo el menor comentario. Se limitó a dar las órdenes oportunas para que fuesen cumplidas las disposiciones de Baby, y cuando lo hubo hecho, volvió a sentarse, esta vez en un sillón, delante de ella, contemplando por un instante las bellísimas piernas.

—Parece que todo lo que podemos hacer es esperar —dijo—. No se puede hacer más de lo que estamos haciendo, en estas circunstancias: están rastreando a Jason Harvey, y varios helicópteros con contadores especiales para detectar la menor señal de radiactividad, han comenzado a describir los círculos concéntricos… Me pregunto si el chino habrá previsto esto también.

—No me sorprendería —murmuró Brigitte—. En realidad, creo que debemos dar por perdidos esos documentos…, y por supuesto, la vida del coronel Cush-Marlowe.

—En resumen —dijo Cavanagh—; que hemos perdido la partida, esta vez.

—En lo que respecta a los documentos y la vida del coronel, me temo que sí. Pero, ciertamente —los labios de Brigitte se apretaron un instante, con su característico gesto de determinación—, por mi parte no doy por terminado el combate: todavía tenemos algunos recursos que pueden ofrecernos resultados.

Cuando se disponen de grandes medios de investigación, y hay alguien que sabe utilizarlos, siempre se obtienen resultados.

En esta ocasión, fueron los siguientes:

El jefe del Servicio de Camuflajes de la CIA, convocado al despacho de mister Cavanagh para observar la ampliación del rostro del chino, emitió un dictamen final que, al principio, sorprendió a Cavanagh, aunque al parecer, no demasiado a Baby.

—Yo diría que es una máscara.

—Entonces —masculló Cavanagh—, no son los chinos.

—¿Por qué no? —sonrió Brigitte—. Debajo de una máscara de chino, puede haber un rostro de chino. Por otro lado, nuestro experto —sonrió al jefe del Servicio de Camuflajes— dice que diría

que es una máscara. Y yo voy a permitirme insistir: ¿lo diría… o lo dice?

—Lo siento, pero no puedo asegurarlo. Igual que a usted, a mí, estas facciones me parecen excesivamente rígidas, pero… Bueno, ya sabe usted cómo son los chinos, ¿no?

—Los chinos —murmuró Brigitte— son personas iguales que las demás, y por supuesto, experimentan las mismas emociones que cualquier ser humano. Por eso me ha llamado la atención esta fotografía… No porque yo sea una niña lista que en una imagen pequeña haya vislumbrado una máscara, sino porque incluso un chino debe sentir algo cuando está disparando para matar a un ser humano, ¿no les parece?

—Bueno… Sí, claro, posiblemente.

—Entonces, observen el rostro de este chino. Observen lo que a mí me llamó la atención; no hay ni un gesto, ni una crispación, ni la menor mueca en sus facciones. ¿Es creíble eso en un hombre que está matando a otro?

Hubo una breve crispación en un lado de la boca de mister Cavanagh, antes de que musitase:

—No… No es creíble.

—Los dos lo sabemos muy bien, ¿verdad, señor? —lo miró Brigitte—. Por lo tanto, yo diría que es una máscara, en efecto.

—Yo también —insistió el experto—. Pero insisto en que quiero reservarme un margen de error en un veinte por ciento.

—Está bien. Gracias por su ayuda.

A las seis y media de la tarde, no se tenían más resultados: los helicópteros que volaban con los detectores Geyger, no habían conseguido nada. En balística, las balas que habían matado a Jason Harvey no tenían antecedentes. De Nueva York, no había llegado ninguna noticia positiva. Naturalmente, se estaba investigando la posibilidad de localizar el helicóptero por medio del modelo, pero eso, supuesto que pudiese llegar a ser posible, sería incluso más lento que ir localizando a todos los pasajeros del «Boeing 707»…

Pero a las seis y media y cinco minutos, la noticia llegó al despacho de mister Cavanagh *como* un estallido de júbilo: ¡Jason Harvey había sido localizado!

Capítulo V

Efectivamente, aquel tenía que ser el apartamento de Jason Harvey, cuyo último domicilio había sido localizado por el FBI en aquel callejón de Washington, al cual había llegado Baby a las siete y media, acompañada por varios agentes de la CIA.

Sí, tenía que ser su apartamento, sin duda alguna. En primer lugar, porque su nombre constaba en el buzón pana la correspondencia del oscuro vestíbulo. Y en segundo lugar, porque había otra fotografía de la rubia de los grandes y blancos pechos llamada Kitty. Es decir, habían varias fotografías. Una de ellas, de cuerpo entero, y, pasmo de pasmos, mostrando a la muchacha completamente vestida, estaba en un marco de acero inoxidable colocado sobre una mesita en la pequeña sala. Las demás, estaban en la parte interior de la puerta del armario, y, al verlas, Brigitte se volvió a mirar a los Simones que la acompañaban, sonriendo irónicamente.

—No cabe duda —sonrió uno de los Simones— que a Harvey le gustaba la abundancia.

Por supuesto, se refería a la abundancia anatómica de la rubia y casi bonita Kitty, que, en las demás fotografías, aparecía completamente desnuda y de cuerpo entero; sólo en un par de ellas se había tomado la molestia de ponerse un bikini, y en otra, una camisita de lo más sugestivo. Su sonrisa era de lo más comercial.

—Pues a mí, francamente —dijo otro Simón— me gustan las chicas con un cuerpo más manejable. Por poco que engorde, parecerá una vaca.

—Debe usar sujetadores especiales —terció otro.

—¿Qué les parece si nos dedicamos a registrar este apartamento en busca de algo que pueda sernos útil… aunque no sea tan interesante como Kitty? —propuso Baby, sonriendo.

La búsqueda comenzó. Lenta y meticulosamente, removiéndolo

todo con gran cuidado, después de obtener varias fotografías con una «Polaroid», reveladas al instante, a fin de recordar luego con toda exactitud cómo habían encontrado el apartamento… Nadie preguntó qué tenían que buscar, por la sencilla razón de que nadie lo sabía. ¿Qué buscaban? Pues, podía ser la dirección de Kitty, un número telefónico cualquiera, una dirección, un arma, cualquier clase de material de espionaje.

La única que no trabajaba en este menester, era Brigitte Montfort, sin que ello sorprendiese ni mucho menos molestase a los Simones, que cuando la vieron sentarse, pensativa, con un cigarrillo entre los finos deditos, comprendieron que con esa actitud Baby estaba, en realidad, trabajando más que ellos.

Y así era. Lo que se estaba preguntando Baby era: ¿había sido Jason Harvey un espía? Según el rápido informe telefónico facilitado por el FBI, Harvey estaba fichado por un montón de cosas, a cuál más puerca, pero ninguna de ellas, ni por asomo, estaba relacionada con el espionaje… ¿Quizá Harvey había sido reclutado por el Grupo Fantasma precisamente por eso? Sí, la solución parecía simple: contratan a un golfo cualquiera, le ofrecen una cantidad, y lo utilizan como intermediario para el cobro de los dos millones de dólares. Luego, sencillamente, lo eliminan. Y punto final…

—Baby.

Brigitte se puso en pie, y fue rápidamente al dormitorio. La puerta del armario estaba abierta, mostrando a la rubia Kitty en toda su exuberancia personal, pero ya nadie le hacía caso. Uno de los agentes tenía en las manos unos cuantos billetes de mil dólares, que mostró a Brigitte, colocándolos en abanico.

—Estaban en el fondo de uno de los cajones. —¿Cuántos hay?

—Nueve mil.

La espía asintió con la cabeza. Nueve mil, más otro billete de mil que habían encontrado en la billetera de Harvey, diez mil. Bonita y redonda cifra. ¿El pago de unos servicios a un desdichado que jamás había tenido nada que ver con el espionaje?

—Está bien. Uno de ustedes tiene que regresar a la Central, con este dinero. Unanlo al que tenía Harvey en su billetera, y vean si la numeración de aquél es correlativa a la de éstos, para…

—No —estaba negando el agente de la CIA—. Ya he mirado la

numeración, y son todas diferentes. Son billetes que deben haber corrido lo suyo, por ahí.

—De todos modos —se adelantó otro Simón—, se puede intentar. ¿Quiere que me ocupe de ello?

—No creo que perdamos nada —aceptó Brigitte.

El agente de la CIA se hizo cargo de los billetes, y abandonó el apartamento. Se trabajaba con calma, pero sin perder un segundo. Si había alguna posibilidad de conseguir una pista por medio de aquellos billetes, la CIA la conseguiría. Y pronto.

A las nueve y cuarto, era poco probable que en el apartamento de Jason Harvey hubiese ni tan siquiera un alfiler que no hubiese sido visto por la sección de búsqueda a las órdenes de Baby.

A esa hora, sonó el teléfono.

Y en un segundo, todos los que seguían buscando, estaban asomados a la salita, mirando el teléfono colocado en la mesita, junto a la fotografía de Kitty *Pechos-Grandes*, como ya la llamaban. Un segundo más tarde, todos miraban a Baby, que se había vuelto a sentar en el deteriorado sofá y estaba fumando su tercer cigarrillo.

La espía, que también estaba mirando al teléfono, desvió, de pronto, la mirada, hacia uno de los Simones.

—Conteste. Pero no cometa el error de decir que es Jason Harvey. Diga que es un amigo.

El agente asintió, se acercó, y descolgó el auricular, cortando el cuarto timbrazo.

—¿Sí?

—No… No soy Jason. Soy Pickett, un amigo. Jason está en el lavabo ahora. ¿Quién le llama?

—¡…!

—¡Ah, Kitty! —Simón lanzó una convincente carcajada—. ¡Encantado de oírte, primor! Precisamente, hace unos minutos he estado comentando unas fotografías tuyas con Jason… Estás bestial, nena.

—¡…!

—Bueno, mujer, no te lo tomes así. ¿Qué culpa tengo yo de que tengas unos pechos tan hermosos? Y no te digo nada del resto, tú: eres el mejor adorno para una cama…

Brigitte y algunos de los agentes oyeron por el auricular la carcajada de Kitty, y sonrieron secamente.

—¿…?

—¿Qué quién soy yo? —siguió el juego Simón—. Pues un cretino que hace mucho tiempo que no veía a Jason, así que no estaba en el juego cuando él te conoció. Oye, ¿qué quieres de Jason? Porque si vas a decirle que habéis terminado, espérame.

De nuevo una carcajada.

—¡Ah, no, preciosa!, no se puede poner. Está… ¿cómo te lo diría yo a lo fino? Vamos, que está haciendo lo contrario de comer, ¿comprendes?

—¿…?

—Exactamente. Tú lo has dicho con más claridad que yo. ¿Qué recado quieres que le dé?

—Sí… Sí, entiendo. Bueno, la verdad es que hemos estado ocupados los dos…

—De acuerdo. De acuerdo, mujer. Se lo digo y vamos los dos para allá: tengo ganas de verte al natural.

—¡Adiós…! ¡Adiós, hermosa! beso tus pechos.

Se oyó otra risotada de Kitty. Simón colgó, captó la sonrisita de Baby, y encogió los hombros, sonriendo a su vez.

—Algo tenía que decirle, ¿no? —se disculpó.

—¿Kitty está esperando a Jason Harvey?

—Sí. Tenían que encontrarse para cenar juntos, pera él, claro está, no ha acudido. Ella ha cenado sola, esperándolo. Ahora se dirige hacia Moon’s Flower, a trabajar, y espera que Harvey pase a recogerla.

—Tenemos que averiguar en seguida qué es Moon’s Flow…

—Está averiguado. Conozco bien el sitio: es una especie de antro con humo, donde se hace de todo, empezando por *striptease*.

—¡Zambomba! —sonrió Brigitte—. Pues si empiezan haciendo *striptease*…, ¿cómo deben acabar allí las fiestas?

—Cualquiera sabe, Pero, acaben como acaben, estoy seguro de que los encantos de Kitty deben encajar bien con la juerga. No me lo diga, ¿verdad que vamos ahora hacia Moon’s Flower?

—Caballeros —les guiñó un ojo Brigitte a los demás Simones—. He aquí un agente de la CIA sobre el cual no sé qué pensar. No sé si pensar que es muy listo, o que está deseando ver en vivo a Kitty *Pechos grandes*.

Por supuesto, el primero en soltar la carcajada fue el agente

objeto de la broma. A fin de cuentas, no todos los días se tenía el privilegio de recibir una broma de la reina del espionaje mundial.

Poco antes de las diez de la noche, el Moon's Flower también tuvo un indiscutible privilegio, recibir como clientes a tres agentes de la CIA y a una joven rubia y preciosa, que no tenía el menor parecido con Kitty Leigh. En total, cuatro espías, pues el resto del grupo se había quedado en el apartamento de Jason Harvey. Y, por supuesto, no llegaron juntos al local.

Primero entró un Simón. Luego, otro. Finalmente, el que había hablado por teléfono con Kitty, acompañado por la chica rubia de los magníficos ojos verdes y cuerpo espléndido. Estos dos ocuparon una mesita, ya que, precisamente en aquel momento, Kitty estaba trabajando en el pequeño escenario. Esperaron a que terminase su exhibición pectoral tomando sendos *whiskys*, la joven rubia con una montaña de hielo en el vaso.

Cuando Kitty se retiró, acompañada de grandes aplausos y risas, esperaron todavía un par de minutos. Luego, tras dejar Simón un billete sobre la mesita, se fueron hacia el fondo del local, y pasaron a la parte de atrás, donde estaban los vestuarios y la salida de artistas. Un grupo de chicas ligerísimas de ropa esperaban su turno para deleitar al público. Simón preguntó a una de ellas por el camerino de Kitty, sorprendiendo grandemente al grupo, ya que, ¿para qué podía buscar a Kitty, un tipo que llevaba al lado una rubia que valía cien billones de veces más, aunque tuviese menos desarrollado el pecho?

Recibida la información, la apuesta pareja fue hacia la puerta indicada. Simón llamó con los nudillos, mientras Brigitte, molesta, como siempre que utilizaba peluca y lentillas de contacto miraba a derecha e izquierda. Las chicas salían ya al escenario. Un sujeto vestido muy discretamente, que llevaba un pequeño ramo de flores en la mano izquierda, entraba en el pasillo, procedente del local. Brigitte contuvo una sonrisa al verlo: el sujeto era alto, pero encorvado, llevaba lentes de gruesos cristales, una barbita entrecana, y la expresión más emocionada del mundo en sus toscas facciones. Por si era poco feo, tenía, además, dos lunares en un pómulo.

Brigitte dejó de mirarlo, porque la puerta del camerino se abrió, y Kitty apareció, poniéndose una bata de lo más vulgar, pero que

quizá ella encontraba elegante, y muchos hombres encontrarían sin duda alguna sugestiva, era transparente.

—¡Oh! —exclamó—. Creí que era otra persona. Un mo…

—¡Hola, tú! —sonrió Simón—. Soy Pickett. ¿Me recuerdas?

Kitty Leigh sonrió, casi rió.

—¡Claro que sí! —miró con estupefacción a Brigitte—. ¿No ha venido Jason?

Simón empujó amablemente por un hombro a Kitty, y Brigitte entró en el camerino. Simón lo hizo detrás, cerrando la puerta, todavía con la mano en un hombro de Kitty.

—No va a poder venir esta noche —dijo, siempre amablemente —. Así que me ha enviado a pedirte disculpas.

—¿A pedirme disculpas? ¡El muy puerco!

—Mujer… Los negocios son los negocios.

—¿Cuál negocio? —gruñó Kitty—. ¿El del chino?

Brigitte y Simón consiguieron no mostrar excesivo interés. Ni siquiera se miraron.

—Puede que sea el del chino —admitió Simón—. Pero creo que me habló de dos chinos, así que no sé…

—¡A mí sólo me habló de un chino!

—Pues quizá sea ése. Me dijo el nombre, pero no lo recuerdo. ¡Los chinos tienen unos nombres bien raros, ¿eh?! Bueno, si me dices ese nombre, creo que lo recordaré, de todos modos. ¿O tú tampoco lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! Un tal Pao Yang.

—¡Ese es el nombre! Y por si crees que Jason te está engañando, puedes llamarlo a casa del chino. ¿Sabes el teléfono?

—No, el teléfono, no… Me parece que Jason me dijo que vivía en un apartamento de Sands Square, pero no me dijo nada del teléfono. ¡Vaya…! ¿Y qué hago yo esta noche? ¡Siempre está con sus negocios! ¡Ya me tiene harta! Oye: ¿y ésa, quién es?

Se quedó mirando hoscamente a Brigitte. Todo lo hoscamente que una mujer vulgar puede mirar a otra que está más lejos de ella que la más lejana estrella.

—Es mi hermana —guiñó un ojo Simón—, así que si tan enfadada estás con Jason, puedo enviarla al hotel y tú y yo nos vamos a divertir un rato por ahí… ¿O todavía tienes trabajo?

—Aún me queda otra función —sonrió Kitty—. Y, desde luego,

eso es lo que se merecería Jason que le hiciese. Si no fuese porque me ha prometido llevarme el próximo invierno a Miami…

—Eso también puedo hacerlo yo. Aunque no sé si dispondré de tanto dinero como Jason, después de su último negocio. Algo fabuloso. ¿Te ha hablado del asunto?

—No… Sólo me habló de ese chino, y que iba a cobrar una buena cantidad por una cosa muy fácil. No es muy hablador, la verdad. Tú eres más simpático, Pickett. ¿Cuál es tu nombre?

—Simón —sonrió el falso Pickett.

—*Okay*, Simón… ¿Siempre vas con tu hermanita?

—¡Vámonos ya! —dijo secamente Brigitte—. Es suficiente, Simón.

—¡Vaya, la niña se ha enfadado! —exclamó Kitty—. ¡Pues sí que es delicada!

—Sí, es muy remilgada —asintió Simón—. Te diré lo que voy a hacer, iré a dejarla en el hotel, y me dejo caer por aquí de nuevo. Si Jason ha venido, mala suerte. Si no ha venido, pues… tú decides, Pechos de Oro.

—Termino a las once y media.

—De acuerdo —Simón le guiñó un ojo—. Espero que no te adelgazarás en una hora, jamona.

Abrió la puerta, dejó pasar a Brigitte, y salió detrás, echando un último vistazo a Kitty, que se pasó la mano por los pechos, y le tiró besos con ellas. Sonriendo, Simón cerró la puerta. Y en el acto, dejó de sonreír.

—Podemos buscar el nombre de Pao Yang en el listín —dijo, con voz tenue.

—Yo me encargo de eso. Usted vaya a decirles a nuestros dos compañeros que no pierdan de vista a Kitty, por si no conseguimos localizar a Pao Yang y tenemos que hacerle más preguntas.

—Bien.

Cuando pasaron junto al sujeto de los lentes, éste, tras contemplar a Brigitte con los ojos abiertos, desvió la mirada hacia Simón, se mordió los labios, y miró al suelo. Estaba junto a una puerta…, pero, en cuanto Brigitte y Simón hubieron desaparecido hacia el local, se dirigió rápidamente hacia la del camerino de Kitty, a la que llamó en seguida.

Kitty abrió, con gesto expectante, pero se apartó en seguida, con

un gesto de reconocimiento en su rostro.

—Pase —el hombre entró, y ella cerró la puerta—. Todo ha sido muy fácil; les he dicho lo que usted quería.

—¿Se lo han creído? —susurró el hombre.

—¡Naturalmente! Oiga, ¿qué se ha creído? ¡Yo soy una artista! Ellos creían que me estaban sonsacando, y lo que hacían era ayudarme a decirles lo que usted me encargó. Supongo —sonrió de pronto, conciliadoramente—, que ha venido a pagarme.

—Sí —asintió el visitante.

Adelantó el ramo de flores hacia Kitty, que lo miró sorprendida, y en seguida, mosqueada, casi irritada.

—¡Oiga, nada de flores! ¡Quiero el din…!

Plop.

Plop, plop, plop…

Algunas flores fueron facilísimamente perforadas, y diminutos trocitos de pétalos saltaron por el aire, mientras las balas iban directas hacia el pecho de Kitty Leigh. La primera de ellas se clavó con blando impacto en el centro del pecho izquierdo, justo en el pezón hundiéndolo suavemente, un instante. En realidad, la muerte de Kitty fue fulminante, así que sobraban las otras tres balas, que la fueron empujando y derribando de un modo brutal, a sacudidas… Cuando Kitty quedó tendida de espaldas en el suelo, sus ojos estaban desorbitados, y su transparente bata permitía ver los cuatro feroces impactos en sus blancas carnes turgentes. Una gotita de sangre, sólo una gotita, apareció en su seno izquierdo. Las demás heridas eran más escandalosas.

El asesino dio media vuelta, salió del camerino, y se dirigió sosegadamente hacia la salida de artistas. Segundos después, había desaparecido.

Y tan sólo un minuto más tarde, la puerta se abrió del todo, y el rostro vigilante y preocupado de un hombre apareció… Hubo una sacudida nerviosa en aquel rostro, que desapareció al instante. Veinte segundos más tarde, Brigitte Montfort y los tres agentes de la CIA entraban rápidamente en el camerino, y el último en hacerlo cerró la puerta. El que primero había visto muerta a Kitty, musitó:

—Vi la puerta abierta, y pensé que ella podía haberse marchado, así que eché un vistazo.

Simón Pickett estaba ya arrodillado junto a Kitty, pero ni

siquiera llegó a tocarla. Sabía que era inútil buscar el menor signo de vida en aquel cuerpo. Miró a Brigitte, y movió negativamente la cabeza.

—¿Qué hacemos? —murmuró.

Buena pregunta. ¿Qué podían hacer? Brigitte apretó los labios, dejó caer la barbilla sobre el pecho, y suspiró. Los iban matando a todos… Por el momento, a dos. Dos desdichados, por supuesto. Ella había visto a un chino, con los prismáticos, disparando contra Jason Harvey. Y Kitty había hablado de un chino… ¿Seria cierto que era cosa de los chinos? Si así era, la jugada tenía que ser de lo más sorprendente. Fuese lo que fuese que estuviesen tramando, en realidad, tenía que ser sorprendente. Si se hubiesen limitado a secuestrar al coronel Cush-Marlowe, matarlo, y quedarse con los documentos, la cosa tendría sentido. Pero… ¿tenía sentido que el espionaje chino se hiciese pasar por un grupo llamado Fantasma y que pidiesen dinero, y que utilizasen a gente como Harvey y la pobre Kitty, que seguramente sabían menos de espionaje que de decencia humana? ¿Qué podían estar…?

De pronto, la mirada de Baby quedó fija en un punto del suelo. Se acuclilló, rápidamente, y tomó algo, con dos dedos. Un pequeño trozo de algo fino, tierno, suave, de color rojo… Habían más cosas como aquélla, pocas cerca de ella. Frotó con las yemas de los dedos aquel fragmento de algo, y luego lo acercó a la nariz.

Inmediatamente lanzó una exclamación, se irguió, alzó su falda, *y de* un tirón despegó del muslo izquierdo la pistolita con cachas de madreperla, sujeta con dos tiras de esparadrapo color carne. Sus bellísimas piernas fueron vistas y no vistas por los espías, y cuando éstos fueron a reaccionar, Baby había salido corriendo del camerino.

Recorrió el pasillo velozmente, llegó a la puerta lateral del Moon’s Flower, la abrió de un tirón, y salió al callejón, colocándose inmediatamente en cuclillas y pegada a la pared, con el brazo derecho extendido, apuntando…, apuntando, ¿hacia qué? ¿Hacia dónde, hacia quién…?

Por la puerta aparecieron los tres agentes de la CIA pistola en mano, como disparados por una catapulta, mirando a todos lados con expresión alterada. Dos de ellos lanzaron una exclamación al ver a Baby acuclillada, y se colocaron delante, protegiéndola con

sus cuerpos, moviendo la mano armada en todas direcciones, atentos, vigilantes, crispados los rostros. El otro se colocó junto a ella, también acuclillado, y le pasó un brazo por los hombros, apretándola contra él y colocándose de lado.

—¡No se mueva! —jadeó—. ¡Nosotros…!

—Ya es inútil —susurró Baby—: se ha ido.

—¿Quién se ha ido?

—El miope del ramo de flores.

—¿El…? ¡Maldita sea mi estampa! ¡El tipo que estaba en el pasillo, es cierto! ¡La madre que lo…! Bueno, perdone…

—No se preocupe, Simón: verdaderamente la madre que parió a ese hombre no creo que merezca felicitaciones. Y ahora, démonos prisa en ir a visitar a Pao Yang, si es que realmente existe un chino llamado Pao Yang, en Washington.

Capítulo VI

Existía un chino llamado Pao Yang en Washington. Según el directorio telefónico, que fue consultado por Baby, Pao Yang vivía en el número 6 de Sands Square; es decir, que coincidía con la información que les había facilitado Kitty Leigh cuando fue sonsacada por Simón.

Sands Square era una pequeña plaza al norte de Washington, casi fuera de la ciudad. Y el número seis correspondía a una casa de dos pisos, en el primero de los cuales se veía luz en una de las ventanas, la segunda contando por la izquierda. En el segundo piso no se veía luz alguna.

Dentro del coche, Baby y los dos agentes que la acompañaban, miraban hacia la ventana iluminada, en silencio. Estaban esperando la llamada por radio del Simón que se había quedado en el Moon's Flower, en el camerino de Kitty, esperando a su vez la llegada de algunos compañeros con los que se encargarían de retirar discretamente el cadáver de la desdichada rubia; naturalmente, después de registrar el camerino, conseguir la dirección de Kitty Leigh para ir a echar un vistazo allá, y, en suma, hacer lo que se tuviese que hacer, simplemente.

Brigitte miró su relojito de esfera luminosa.

—Son las once y diez —murmuró—, deben estar al llegar.

—¿Está preocupada? —preguntó el agente que estaba sentado junto a ella en el asiento de atrás.

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—No hemos debido dejar solo a Simón allá.

—Entiendo —sonrió Simón—. Pero no debe preocuparse: él no es ningún niño, y además, está sobre aviso, sabe que puede ocurrir cualquier cosa.

—Sí, pero de todos modos…

La radio que Baby tenía sobre el maletín rojo con florecillas azules, colocado sobre sus rodillas, emitió un suave «bip», y ella no le dio tiempo a más, admitiendo en el acto la llamada.

—¿Sí?

—¡Hola, soy yo! —oyeron la voz de Simón-Camerino—. Los demás han llegado ya, y todo está bajo control.

—De acuerdo —suspiró Brigitte.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

—Por el momento, no van de ninguna manera. Vamos a empezar ahora.

—*Okay*. Ya me dirán qué pasa.

—Desde luego. ¡Adiós, Simón!

—¡Adiós!

Baby cerró la radio, la guardó en el maletín, cerró éste, y alzó la cabeza.

—Bueno, ahora… ¿Qué pasa?

Los dos Simones la estaban mirando, sonriente. El que estaba al volante, vuelta la cabeza, amplió su sonrisa.

—No pasa —aclaró—. Es que nos emociona ver cómo se preocupa por nosotros, Baby. Como si fuésemos niños indefensos.

—Yo ya tengo más de nueve añitos —dijo el otro Brigitte miró de uno a otro, fruncido el ceño, pero acabó por sonreír.

—Está bien, allá ustedes si les parezco una tonta. Pero en más de una ocasión, por no hacerme caso, agentes tan preparados como ustedes han caído en…

Se calló, con la mirada fija hacia la casa número seis de la placita. Los dos agentes de la CIA miraron también hacia allí…, y vieron el coche que justo entonces se detenía delante mismo de la casa en cuestión. Un silencio absoluto reinaba en el interior del coche ocupado por los tres espías.

Las luces del otro coche se apagaron, y en seguida, un hombre se apeó. En el acto, uno de los Simones lanzó una ahogada exclamación:

—¡Es un chino!

—Seguramente, es Pao Yang —añadió el otro—. Ha sido oportuno que hayamos estado esperando: no lo habríamos encontrado. ¿Vamos a por él, Baby?

—No. Prefiero cazarlo en su apartamento, así que vamos a dejar

que suba.

El chino había llegado ya a la acera, y tres segundos después entraba en el portal de la casa número seis de Sands Square. Instintivamente, los tres espías alzaron la mirada hacia el segundo piso, donde no se veía ninguna luz. Dentro de muy poco, alguna luz se encendería allá arriba, y eso sería indicio seguro de que Pao Yang vivía allí.

Pero, no se encendió ninguna luz del segundo piso, sino del primero, iluminando la tercera ventana contando por la izquierda, es decir, la primera de la derecha. Los tres espías cambiaron una mirada de desconcierto, y volvieron a mirar hacia la casa, ahora hacia las ventanas del primer piso.

—Si ha entrado ahí —susurró Simón— es que vive con alguien más que ya estaba en casa, ¿no?

—Con lo cual, vamos a tener que controlar a más de un hombre, evidentemente —añadió su compañero.

Brigitte apretó los labios. Si allá arriba había más de un chino, ella no atacaría llevando solamente dos Simones. Llamaría a varios más, para tener así la seguridad de que dominarían la situación sin riesgo alguno para ellos. No estaba dispuesta a…

—¡El chino sale! —exclamó el Simón sentado delante.

En efecto: el chino que había entrado en la casa tan sólo medio minuto antes, salía ahora, y a toda prisa. Desde el coche, vieron su rostro, mostrando un tono más claro que antes. Rodeó el coche por delante, tan precipitadamente que se golpeó una rodilla contra el parachoques, y un instante después estaba ante el volante. El motor rugió.

Brigitte miró hacia las ventanas iluminadas, luego hacia el coche del chino, de nuevo hacia las ventanas…

—¡Se va! —avisó Simón.

—Síganlo —Brigitte cerró sus deditos en torno al asa de su maletín—, yo voy a ver qué encuentro ahí arriba. ¡Y nada de escaramuzas! He dicho seguirlo, nada más. Quiero saber adónde va.

El coche del chino había salido ya de la placita. Baby se apeó, y Simón partió tras el coche del chino. Segundos después, la espía internacional se encontraba sola en la Sands Square, mirando hacia las dos ventanas iluminadas.

Se dirigió hacia la casa. Una vez en el portal, abrió el maletín,

del cual sacó su juego de ganzúas. Sujetando éstas y el maletín con la mano izquierda, empuñó la pistolita con la derecha, y emprendió la subida, silenciosamente, atento su finísimo oído al menor ruido que pudiese parecerle alarmante. Nada sucedió. Llegó arriba, y se detuvo ante la puerta… Las ganzúas no eran necesarias, porque la puerta no estaba cerrada, sólo ajustada, dejando entre ella y el marco una estrecha rendija por la que se veía luz.

Baby se colocó ante la puerta, y aplicó una orejita a la madera. El silencio era absoluto dentro del apartamento.

¿Había ido Pao Yang a buscar algo, y había vuelto a marcharse? Fuese lo que fuese debía ser muy urgente, porque se había dejado las luces encendidas… No. No, no, no. Cuando el chino había llegado, ya había una luz encendida allí, de modo que, o bien había alguien más, o antes se la había dejado encendida el chino Pao Yang, con lo que se manifestaría así en él la antieconómica costumbre de salir de casa sin apagar las luces.

Baby frunció el ceño, y se colocó de frente a la puerta. Con la punta de un pie, la empujó, desplazándose en seguida hacia su izquierda.

No sucedió nada.

Entró, y se quedó mirando hacia la ventana, situada frente a la puerta. Estaba en un recibidor-comedor-salita. A la derecha se veía un pasillo, al que llegaba resplandor de otra luz… Fue hacia allá. Inmóvil en el extremo del pasillo, preparada para disparar en cualquier momento, miró hacia el fondo. Al fondo, pared. A su derecha, dos puertas. A su izquierda, dos más. La de más al fondo estaba cerrada. La más cercana a ella, estaba abierta, y de aquel cuarto salía la luz. La luz que habían visto ella y los Simones al llegar.

Sin hacer el menor ruido, Brigitte se deslizó hacia la primera puerta, y asomó cautelosamente la cabeza… y la pistolita.

Lo vio en seguida.

Estaba tendido en el suelo, junto a la cama; sobre ésta se veía una maleta abierta, con algunas prendas de ropa colocadas de cualquier manera dentro. El armario estaba abierto.

Y el hombre tendido en el suelo se hallaba entre la cama y el armario.

Brigitte se acercó, y se quedó mirándolo. El hombre era chino, y

yacía boca abajo, ladeada la cabeza, de modo que la espía podía verlo de perfil. Un brazo estaba más arriba de su cabeza, el otro, junto al cuerpo; y ciertamente, no se veía ningún arma en sus manos, así que si había truco, debía ser muy bueno.

Pero contemplando aquellas facciones crispadas, y los ojos abiertos del chino, Baby tenía que comprender que allí no había truco alguno. Pasó la punta del pie derecho bajo un hombro del cadáver, y le hizo dar la vuelta, dejándolo boca arriba, oscilando blandamente sus carnes. El suelo estaba manchado de sangre… De la sangre que había brotado del pecho del chino por los agujeros de los tres balazos que había recibido.

Brigitte dejó el maletín sobre la cama, guardó las ganzúas, lo cerró de nuevo, y fue a acuclillarse junto al cadáver, colocando su mano izquierda primero en la frente y luego en un lado del cuello del oriental. Todavía estaba caliente. Tibio, más bien…

Con delicadeza y habilidad, Brigitte palpó la chaqueta del chino, hasta notar el bulto de la billetera, que retiró siempre con exquisito cuidado, evitando mancharse de sangre. Sosteniendo la billetera con dos deditos, fue a colocarla sobre la cama, y la abrió utilizando sólo una uña: Walter Pao Yang, norteamericano, de treinta y nueve años, nacido en Nueva York. Un norteamericano de raza china, sencillamente.

No tocó nada más de la billetera. Del maletín, sacó la radio, y apretó el botón.

—¿Sí? —oyó en el acto.

—El chino que están siguiendo no es Pao Yang, Simón. Pao Yang está aquí, en su apartamento, muerto. Tres balazos en el pecho.

No la sorprendió en absoluto que el silencio de Simón se prolongase un par de segundos de más, antes de volver a oír su voz:

—Bueno… ¿Y esto qué significa?

—No lo sé. No tengo ni la menor idea… A menos que también a él hayan querido silenciarlo. ¿Se ha dado cuenta, el chino, de que lo están siguiendo?

—Cualquiera sabe… Pero creemos que no. Conduce muy deprisa, y está cometiendo algunas irregularidades de tráfico. Yo diría que está tan nervioso que no se da cuenta de nada.

—Sigan tras él. Con mucho, muchísimo cuidado, Simón. Es evidente que va armado.

—Nosotros también —gruñó el espía—. ¿Cree que ha sido él quien ha matado a su compinche Pao Yang?

—Todo parece indicarlo así. Ah, otra cosa: Pao Yang se llamaba Walter.

—¿Walter? ¿Y eso qué quiere…? ¿Era norteamericano?

—Sí.

—Dios… ¡No entiendo nada de nada!

—Voy a registrar este apartamento, a ver si me entero de algo que pueda aclarar nuestras dudas. Hasta luego.

—Hasta luego. ¡Oiga! ¿No sería conveniente que algunos Simones fuesen ahí con usted, por si…?

—No. ¡Adiós!

Cerró la radio, la dejó sobre el maletín, y se sentó en una vieja silla colocada cerca de la cama. Walter Pao Yang… Claro, la W que habían visto en el listín telefónico correspondía a Walter, no a Wong, Wu, Wang o cualquier otro nombre chino… Walter Pao Yang, norteamericano… Lo cual no excluía la posibilidad de que hubiese estado trabajando para el servicio secreto chino, naturalmente.

¿Por qué lo había matado el otro?

Comprendiendo que por mucho que meditase no encontraría ninguna solución, Baby se dispuso a hacer algo más útil, como era registrar el apartamento. Aunque, la verdad, no tenía esperanzas de encontrar gran cosa…

Se equivocó.

Y de qué modo.

En el apartamento no había gran cosa que ver. Las otras dos puertas del pasillo correspondían a la cocina y a un cuarto de aseo. Aquí, nada. La otra habitación estaba desocupada, vacío el armario, polvo en abundancia, por todas partes. En el recibidor-comedor-salita tampoco podía haber nada interesante que tuviese el tamaño hasta el cual estaba dispuesta a buscar Brigitte. Un registro mucho más a fondo sería realizado más adelante por especialistas de la CIA.

Así que, finalmente, regresó al dormitorio donde yacía el cadáver. En el armario quedaban algunas prendas de ropa, zapatos, un paraguas… De pronto, se volvió hacia la maleta. Si había habido algo importante en el apartamento, y Pao Yang se disponía a

marcharse de allí… ¿acaso esa cosa importante no habría sido la primera que habría recogido?

Comenzó a sacar prendas de la maleta. Quizá ésta tuviese un doble fondo, y…

No.

No tenía doble fondo.

Pero allí, debajo de la ropa que había sacado, estaba la máscara. Una máscara finísima, adecuada para cubrir todo el rostro juntándose bajo la barbilla y por encima de la línea capilar de la frente. Y no sólo la máscara… Había también un ramito de flores rojas. Y una pistola. Y unos lentes de miope.

Bip, bip, bip, bip, bip…

—¿Sí? —atendió Brigitte la llamada.

—Se ha detenido.

La espía parpadeó. ¿Se había detenido? ¿Quién…? ¡Ah, sí, el chino que había matado a Pao Yang!

—¿Dónde? —musitó.

—Pues no sabría decirle, exactamente. Estamos al sur de la ciudad. El chino ha entrado con el coche en una casa vieja, cerca de una carretera… Es un taller destinado a reparación de automóviles. Estamos un poco desorientados. Pero puedo mirar la…

—No importa, Simón. Escuche atentamente lo que tiene que hacer: llame para que envíen aquí a algunos Simones que se hagan cargo de esto; pida también un Grupo de Acción para que vaya hacia *ese* taller de reparaciones; luego, viene usted a recogerme aquí, al apartamento de Pao Yang; mientras tanto, nuestro compañero se va a quedar ahí vigilando, esperando nuestra llegada y la del Grupo… Si antes de que lleguemos unos u otros sucede algo, que no intervenga, que se limite a controlar visualmente la situación, etcétera… ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Pues le espero.

Baby cerró la radio, y volvió a sentarse en la vieja silla.

El primero en llegar, alrededor de veinte minutos más tarde, fue Simón, que encontró a Baby muy, muy pensativa. La espía le puso al corriente de sus hallazgos, y tras reflexionar, Simón expuso la teoría que era inevitable que surgiese, a tenor de los datos.

—Entonces, Pao Yang es quien mató a Kitty *Pachos grandes*,

¿no es así? Se puso la máscara, fue allá, y mató a la chica…, aunque llegó tarde, pues nosotros ya habíamos hablado con ella. Pero, por sí todavía no nos había dicho nada revelador, y calculando que nos la llevaríamos para interrogarla debidamente, la mató.

—Eso parece —musitó Brigitte.

—Luego, el otro vino aquí y lo mató a él… ¿Por qué? —No lo sé.

Simón se rascó la nuca, perplejo.

—Otra cosa —dijo, de pronto—. ¡Pao Yang pudo ser el del helicóptero, el que mató a Jason Harvey! O sea, que entonces no estaba utilizando máscara, sino que era él mismo, con su rostro… ¿No?

—No, Simón. Pedí ampliaciones del rostro del chino del helicóptero, y, aparte de que aquel rostro sí nos pareció una máscara, no era el de Pao Yang, lo recuerdo perfectamente.

—Bueno… Si el rostro del chino del helicóptero le pareció una máscara, quizá lo fuese. Quizá era el propio Pao Yang utilizando una máscara con facciones de chino.

—Eso ya fue discutido, en efecto. Podría ser.

—¿Pero usted no lo cree?

—No he encontrado ninguna máscara con facciones chinas.

—¿Eh…? ¡Oh, demonios, es cierto! Bueno, pero… quizá la encontremos si buscamos bien por aquí.

—Quizá. Pero de eso se encargarán nuestros compañeros…, que se están demorando mucho, ¿no le parece?

—No creo que tarden.

En efecto. Tan sólo diez o doce minutos más tarde, varios expertos de la CIA llegaron al apartamento de Pao Yang, y se hicieron cargo de todo, asegurando a Baby que, a la mayor brevedad posible, su informe completo estaría en el despacho de *mister* Cavanagh.

Brigitte asintió, miró a Simón, y le hizo una seña hacia la puerta.

Segundos después, Simón al volante, viajaban hacia la zona Sur de Washington. Eran casi las doce de la noche; una buena hora para circular cómodamente por la ciudad, de modo que podían llegar rápidamente al taller de reparaciones de automóviles.

—Se supone —dijo, de pronto, Baby— que el Grupo de Acción habrá llegado ya, así que Simón debería habernos…

Bip, bip, bip…

—¿Sí? —atendió rápidamente Brigitte.

—¡Hola! Los muchachos ya han llegado, Baby. ¿Qué hacemos?

—Esperar. Nosotros llegaremos en unos pocos minutos.

—Bien. Otra cosa: hace un par de minutos, llegó un camión al taller de reparaciones.

—¿Un camión? —se sorprendió la divina—. Veamos… ¿Quiere eso decir que el taller está abierto, que están trabajando…?

—No, no. Si fuese así se lo habríamos dicho, ¡caramba…! Ha llegado el camión, se ha metido dentro, y eso es todo. En mi opinión, van a cargar algo en él, para llevárselo.

—Opinión aceptada. No hagan nada hasta que yo llegue.

Capítulo VII

Simón detuvo el coche, y a los pocos segundos, emergió de las sombras el otro Simón, acercándose rápidamente. Brigitte abrió la portezuela, y segundos después, Simón se sentaba a su lado.

—Tenemos vigilado el taller y rodeada la manzana —dijo en seguida—, si nosotros no queremos, de ahí no sale ni una mosca. Los muchachos están deseando entrar en acción bajo sus órdenes, Baby.

—¿No han llegado más vehículos? ¿Ni más personas?

—No. ¿Atacamos ya?

—No me parece conveniente.

—¿Por qué no? Si han venido a buscar algo con un camión es que, sea lo que sea que podamos encontrar de importante, está ahí dentro, en el taller, y que se disponen a llevárselo. Esperar más no servirá de nada. Sería diferente si estuviésemos siguiendo a alguien para que nos condujese a algún sitio, pero eso ya ha sucedido. Y el camión prueba que piensan llevarse algo, ¿no?

—Yo creo que él tiene razón —dijo el otro Simón.

Brigitte miró de uno a otro, y asintió:

—También lo creo yo —admitió—. Pero lo que no me gusta es eso de atacar. ¿Por qué arriesgamos a tener bajas?

—¡Oh, vamos, deje de preocuparse por nosotros…! ¡Ya le hemos dicho que no somos niños, Baby!

—¿Y eso quiere decir que no les puede alcanzar ninguna bala?

—Pues… Eeeeh… Bueno, no, pero…

—Yo tengo una idea mejor que la de ustedes.

—Eso ya no nos sorprendería. ¿Cuál es la idea?

En el sótano del taller de reparaciones, Tin Ho Kio dirigió un último vistazo circular a la gran pieza donde, hasta poco antes, había estado montado el más grande tinglado electrónico de espionaje

chino en Washington. Ahora, todos los aparatos estaban cargados en el camión, y la pregunta era: ¿dónde los llevarían?

Durante más de dos años, el Lien Lo Pou, el servicio secreto chino había estado gastando en aquellas instalaciones cientos de miles de dólares; y utilizando a sus mejores hombres en todas las actividades: agentes de acción, enlaces, espías residentes, colaboradores norteamericanos de raza china, técnicos en espionaje electrónico… Cientos de miles de dólares, los mejores hombres, la más grande empresa en su género iniciada por el espionaje chino, con la pretensión de extender sus perfeccionadísimos sistemas de escucha incluso hasta la mismísima Casa Blanca y el Pentágono. Eso, sin contar la amplísima red de personal humano que habría atendido estas instalaciones.

De haberse realizado el proyecto, China habría conseguido el mayor triunfo jamás imaginado en materia de espionaje. ¡Y en la capital de los Estados Unidos de América!

Pero ahora…

Ahora, aquel amplio sótano era sólo un agujero en el suelo, un lugar vacío, nada. En poco tiempo, en lugar de las fabulosas instalaciones electrónicas, allí quizá solamente habría ratas.

Mientras miraba las desnudas paredes con fría expresión de odio, todos estos pensamientos pasaban por la mente de Tin Ho Kio. el director en Estados Unidos de tan grande empresa. Nada había servido de nada. Las instalaciones quedarían abandonadas, y quizá, tiempo adelante, alguien se preguntaría qué significado tenían en aquel sótano tantos cables, empalmes y conexiones.

En la mente de Tin Ho Kio parecía ir hinchándose una bola fría, conteniendo todo el odio que un ser humano podía ser capaz de sentir. Sí, era como una bola que pudiese estallar de un momento a otro, haciendo pedazos su cabeza…

Cabeza que volvió hacia el tramo de escalones cuando oyó las pisadas descendiendo. El chino que bajaba se detuvo, y señaló hacia arriba.

—¿Ya está todo cargado? —preguntó Tin Ho.

—Estamos terminando… Te llaman al teléfono. Las facciones de Tin Ho sufrieron una sacudida.

—¿Me llaman al teléfono? ¿A mí? ¿Han preguntado por mí?

—No, exactamente. Han preguntado por el chino que hace una

hora ha estado en el apartamento de Walter Pao Yang.

Tin Ho quedó lívido, y entonces se dio cuenta de que su compañero ya lo estaba desde el primer momento. Hablaban con mucha calma, casi fríamente, pero la realidad de aquella llamada no podía escapársele.

—¿Ha dicho quién es?

El otro movió negativamente la cabeza, mientras decía:

—Es una mujer.

Tin Ho Kio sintió como un estallido de frío en todo el cuerpo. Se quedaron mirándose, en silencio. ¡Una mujer…! ¿Era posible aquello? ¿Era posible que lo más temido hubiese sucedido? Tin Ho se pasó una mano por la frente, y la encontró húmeda y fría. Por fin, asintió con un gesto, y se dirigió hacia los escalones.

Segundos después, estaba en el taller de reparaciones, que, en efecto, lo era. Durante el día, dos laboriosos chinoamericanos que se habían asociado con sus ahorros, trabajaban allí, realmente, reparando automóviles. El taller era muy grande, y a los lados se veían coches en reparación. En el centro, el camión, en el cual, algunos hombres estaban terminando de cargar todo el material que llevarían a… ¿Adónde? ¿Adonde?

El teléfono estaba dentro de una cabina de cristales situada al fondo del local y que era utilizada como oficinas. Sobre la mesa llena de papeles, el teléfono, con el auricular descolgado. Tin Ho lo alzó.

—Diga —susurró.

—¿…?

—Sí, soy yo.

—¿…?

—¿Por qué habría de negarlo? Sería absurdo, puesto que es evidente que usted está bien enterada de lo que dice. ¿Quién es usted y qué quiere?

—¿…?

—No sea estúpida.

—¿…?

—Nosotros también estamos armados. Y si realmente creen que por tenernos rodeados ya lo han conseguido todo, vengan a por nosotros.

—¿…?

—Ya le he dado, mi respuesta: *no*.

Tin Ho colgó el auricular, y se volvió hacia la puerta de la oficinilla, donde el otro chino lo miraba con gesto interrogante.

—¿La conocías?

—No —negó Tin Ho—. Pero los dos sabemos quién puede ser.

—¿Qué quería?

—Nos tienen acorralados… La CIA, naturalmente. Ella nos ha propuesto la rendición, dice que una resistencia por nuestra parte sólo serviría para que haya muertos por ambos bandos.

—Tiene razón… ¿No?

—La tiene —asintió Tin Ho, sombríamente—. Pero si nos rendimos, el material pasará a poder de la CIA irremisiblemente. Si luchamos, quizá alguno de nosotros pueda escapar con el camión.

—Es sólo material, Tin —musitó el otro—. Material metálico, por decirlo así. No vale nada, en realidad, comparado con nuestras vidas. La operación ha fracasado, ¿no es así? Salvemos, al menos, nuestras vidas.

Tin Ho Kio se permitió unos segundos de filosófica meditación, al cabo de los cuales movió negativamente la cabeza.

—No, Wei… No. Todos sabíamos que la operación tenía este riesgo, y lo aceptamos. Las cosas están mal, es cierto, pero siempre existe una posibilidad. Y mientras exista esa posibilidad, lucharemos. ¿Está todo cargado?

—Ya sí.

—Avisa a todos. Que preparen las armas… Vamos a salir de aquí sea como sea y pase lo que pase. Esas son mis órdenes.

—Sí, Tin.

Wei salió de la oficinilla, y Tin Ho Kio se dejó caer en una silla, desalentado. Durante un par de minutos permaneció inmóvil. Era un suicidio, lo sabía… Sabía que si la CIA cometía la desfachatez de avisarles de que estaban afuera era porque tenían dominada la situación. Pero rendirse era perder definitivamente. Luchar, era la posibilidad de conseguir algo. Y verdaderamente, desde el principio, todos habían sabido a lo que se exponían.

Wei apareció en la puerta.

—Estamos preparados —susurró.

—Iremos todos en el camión —se puso en pie Tin Ho. Salieron los dos. Los hombres esperaban junto al camión. Tin Ho ordenó que

dos de ellos fuesen en la cabina, uno conduciendo y el otro actuando como protector, a fin de intentar conservar en todo momento el control del camión. Los demás, pasaron a la parte de atrás. Tin Ho Kio se acercó a la cabina, y miró al conductor.

—Salgamos.

—Pero… La puerta está cerrada…

—Hay que salir así. ¿Puedes hacerlo?

El conductor miró hacía la gran puerta levadiza. Era de madera. De vieja madera, pero todavía fuerte. De todos modos, un camión de tres toneladas podía reventarla como si fuese de simples cañas…, seguramente.

—Creo que puedo hacerlo.

—Pues hazlo. Arranca dentro de cinco segundos.

Dada esta última orden, Tin Ho invirtió los cinco segundos en llegar a la parte de atrás del camión y subir a él. Sacó la pistola, miró a sus hombres, que también tenían las armas en la mano, y apretó los labios. Todo parecía perdido…, pero quizá pudiese salvarse algo.

El motor del camión rugió poderosamente.

Cobijada detrás del coche, Brigitte fue la única que oyó, lejano y amortiguado, el zumbido del motor. Sus labios se apretaron un instante, y sus manos alzaron el tubo-fusil montado con las patas del trípode de aluminio para soporte de cámara fotográfica y el secador de cabello a pilas.

—Van a salir reventando la puerta —dijo.

A su lado, Simón alzó rápidamente la radio hacia su boca.

—¡Van a salir! Parece que reventarán la puerta del…

La madera crujió con seco chasquido, y cientos de astillas de todos los tamaños salieron disparadas hacia todos lados. El camión apareció como un poderoso monstruo rugiente, envuelto en astillas y polvo, reflejando el cristal parabrisas las luces del alumbrado público.

El estruendo fue tremendo. Al mismo tiempo, se encendían las luces largas… aunque una de ellas destelló vívidamente un instante, y se apagó, quedando tuerto el vehículo. Pero, la luz de aquel solo faro dio de lleno en el coche tras el cual se protegían Baby y los dos Simones.

La escena fue alucinante. Cazada de lleno por la luz del foco,

Baby se mantuvo erguida, apuntando su tubo-fusil hacia el camión, casi cerrados los ojos, firmes las manos. En un lado de la cabina brilló un cárdeno fogonazo, y la bala disparada rebotó en el coche, a menos de medio metro de la espía, con agudo sonido tremolante.

—Pero ¿qué hace? —aulló Simón—. ¡Cúbrase!

Se había dejado caer de rodillas, de modo que tenía ante él las de Baby. Las rodeó con los brazos, y tiró hacia abajo, derribándola… mientras dos balas más pasaban zumbando por encima de ellos.

Por los lados de la reventada puerta comenzaron a aparecer hombres, corriendo, disparando sus pistolas con silenciador. El camión comenzó a vibrar y sonar como si fuese una gigantesca campana, mientras cruzaba por entre el diluvio de balas. Caída detrás del coche, Brigitte no veía nada, solamente oía el estrépito. Se desprendió de los brazos de Simón, se colocó de rodillas, y recuperó el tubo-fusil.

El camión apareció en su línea visual. Veía perfectamente el hueco de la ventanilla derecha. Si conseguía meter por allí la cápsula de gas narcótico, el conductor caería dormido de modo fulminante, antes de que el camión alcanzase más velocidad, y, todo lo más, se estrellaría blandamente contra cualquier parte…

Estaba a punto de apretar el disparador cuando se oyó un seco estallido. Una de las ruedas de atrás del camión había sido alcanzada por una bala que lo había reventado. Casi al mismo tiempo, el cristal parabrisas se convertía en algo parecido a un surtidor de diminutos brillantes. El camión comenzó a describir una línea en zig zag, bamboleándose. Desde la parte de atrás, los chinos estaban disparando contra los agentes de la CIA que corrían disparando a su vez…

Baby no tuvo necesidad ni tiempo de disparar su tubo-fusil.

Otra bala reventó el neumático delantero izquierdo, y el camión se inclinó hacia este lado, pareció aumentar la velocidad, como queriendo enfilar una de las calles…, y de pronto, dio una vuelta sobre sí mismo, se deslizó por la calzada, dio otra vuelta, rodó ocho o diez metros sobre las ruedas se colocó de lado, volvió a girar, deslizándose ahora sobre el techo…, y fue a estrellarse contra la fachada de un edificio.

Una fracción de segundo después, el abollado camión se

convertía en una bola de fuego, mientras algunos cuerpos salían disparados fuera, por la violencia del choque.

Brigitte *Baby* Montfort bajó lentamente el tubo-fusil, y se quedó mirando como alucinada la enorme llamarada que envolvía por completo el camión.

—Dios… ¡Santo Dios…!

Capítulo VIII

Pese al sigilo que utilizó *mister* Cavanagh para entrar en su despacho, Brigitte Montfort se despertó, y se sentó rápidamente en el sofá. El jefe del Grupo de Acción de la CIA movió la cabeza, y acabó de cerrar la puerta.

—Lo siento —dijo—. Evidentemente, o yo estoy perdiendo facultades o usted tiene un oído muy fino.

—Tengo un oído muy fino —sonrió Brigitte. Cavanagh fue a sentarse frente a ella en un sillón.

—Es usted muy considerada —musitó—. Ha podido decir que yo estaba perdiendo facultades, lo cual es cierto.

—Bueno, no es lo mismo tener treinta años que cincuenta, señor. Sería absurdo no admitir que sus facultades físicas irán disminuyendo, a partir de ahora…, mientras irán aumentando las mentales. Es lógico y razonable.

—Claro —Cavanagh sonrió—. Últimamente se está acostumbrando usted a utilizar mi despacho como dormitorio.

—¿Le molesta? —se sorprendió Brigitte.

—A mí, no. Al contrario. Pero quizá le moleste a él.

La sorpresa de Brigitte aumentó considerablemente.

—¿A él? ¿Se refiere usted a Número Uno?

—Sí.

—¡Qué barbaridad! —casi rió la divina—. Uno no tendrá celos, jamás. Sabe muy bien que eso sería insultante para mí. ¿Cómo van las cosas?

—Bien. Yo diría que formidablemente bien.

—¿El taller era un nido?

—Un nido importantísimo. Me parece que hemos desbaratado la más importante infiltración china en materia de espionaje que jamás hayan pretendido instalar. Pero hay algo más… Algo que todavía no sabíamos, cuando usted regresó a las cuatro de la

mañana. ¿Qué dirá que hemos encontrado en la billetera de Walter Pao Yang?

—¿Una fotografía mía?

—No —sonrió de nuevo Cavanagh—. Eso habría sido catastrófico… Hemos encontrado el resguardo de un tique de alquiler de un helicóptero.

Brigitte parpadeó.

—¿Quiere decir que conocemos la empresa que alquiló el helicóptero que fue utilizado para recoger el dinero?

—Esperamos que sea así. Ya he enviado a un par de hombres a investigar eso.

Brigitte miró su relojito. Eran las ocho menos veinte de la mañana.

—¿Qué más sabemos?

—Hemos registrado el camerino y el apartamento de Kitty Leigh, y también los apartamentos de Walter Pao Yang y Jason Harvey. A fondo.

—¿Y…?

—Nada más. Pese a lo minucioso de la investigación, no hemos encontrado nada que aporte más datos. La pistola que había en la maleta de Pao Yang fue la que mató a Jason Harvey y a Kitty Leigh, desde luego. En cuanto a la que utilizaron para matar a Pao Yang, no ha aparecido.

—¿Cómo que no ha aparecido? Esa pistola debía estar en poder del chino que fue a matarlo a su apartamento, ¿no?

—Esa arma no ha aparecido. Y naturalmente, se ha buscado bien, tanto en el taller como en el coche, en los restos del camión, en la calle… Hemos pensado una teoría al respecto.

—¿Qué teoría?

—El chino que mató a Pao Yang quizá se deshizo de la pistola mientras se dirigía hacia el taller de reparaciones de automóviles. Pudo detener el coche junto a una cloaca, y tirarla dentro.

—Ese chino —murmuró pensativamente Brigitte— se dirigía al taller para desmontar las instalaciones y escapar con ellas. No tenemos la menor duda de que estaba asustado, o cuando menos, alarmado. Hasta el punto de que procedió a desmontar todo el tinglado electrónico. Póngase usted en lugar de ese chino, señor: ¿se desprendería de un arma, en esta situación?

—No —negó Cavanagh.

—Yo tampoco. Luego, hay otra cosa: el traje que llevaba el miope del ramo de flores estaba en la maleta de Pao Yang, cierto. Pero, yo diría que es demasiado grande para él. Y el miope me pareció, ciertamente, más alto y robusto que Walter Pao Yang, aunque fuese encorvado.

—Veamos si me equivoco —sonrió Cavanagh—. Según yo entiendo, lo que usted quiere decir es que ha estado interviniendo otro personaje. Ese personaje fue quien utilizó el helicóptero, y por tanto, quien mató a Jason Harvey; en esa ocasión, llevaba una máscara de chino. Luego fue a matar a Kitty Leigh, disfrazado esta vez de tímido hombrecillo miope. Después de matar a Kitty Leigh, y aprovechando la ventaja que le llevaba a usted, fue a matar a Walter Pao Yang, pero esta vez utilizó otra pistola, y, en la maleta de Pao Yang dejó la que había utilizado para matar a Harvey y Kitty Leigh, así como la máscara de hombre blanco, los lentes…, y la ropa que había llevado en el Moon’s Flower. Hecho esto, se fue. Y al poco, llegó usted a Sands Square, con unos minutos de adelanto sobre el chino del taller de reparaciones. Este subió al apartamento de Pao Yang, debió encontrar la puerta abierta, y entró. Entonces, encontró a Pao Yang muerto, se asustó, y echó a correr, precipitando los acontecimientos que han dado lugar a la aniquilación de esa red de espionaje electrónico chino. ¿Es así?

—Sí.

—Bien… ¿Y quién puede ser ese misterioso personaje?

—No lo sé.

—¿Y por qué fue aquel chino a visitar a Pao Yang?

—No lo sé.

Mister Cavanagh quedó pensativo. Para él, en principio, las cosas estaban bastante claras, pero si Baby tenía sus dudas, sería por algo. Lo último que habría hecho Cavanagh en la vida habría sido desdeñar las opiniones de Brigitte *Baby* Montfort.

—Bueno, no sé…

—Aún hay más —murmuró Brigitte—. Si usted fuese el jefe de la instalación de un nido como el que hemos descubierto, ¿se atrevería a complicarse la vida secuestrando a un enlace y pidiendo dinero por su rescate?

—Claro que no —gruñó Cavanagh.

—Pues eso es lo que ha ocurrido, ¿no?

Cavanagh torció el gesto, y se puso en pie.

—Vamos a esperar noticias sobre esa empresa de alquiler de helicópteros… ¿Quiere café?

—Sí, gracias.

Las noticias sobre el helicóptero llegaron a las nueve y veinticinco minutos de la mañana, exactamente. Los dos agentes que habían estado realizando esta investigación aparecieron en el despacho de Cavanagh, con tal expresión, que Brigitte, de pie y de espaldas al ventanal, conoció el informe antes de que lo dijeran.

—Hemos localizado el helicóptero, señor. Es decir, sabemos quién lo alquiló.

—¿Quién?

—Walter Pao Yang.

Cavanagh se volvió a mirar a Brigitte.

—¿Qué dice a esto? —se interesó.

—Digo que, como todo el mundo, yo puedo equivocarme… Ahora, lo interesante sería saber dónde está el helicóptero, y de ese modo…

—Es posible que lo sepamos —sonrió el Simón de turno—. Walter Pao Yang no dio su dirección de Washington, sino la de un chalé cerca de Arlington. Naturalmente, tenemos esa dirección.

—¡Bien! —exclamó Cavanagh—. Seguramente, encontraremos allí el helicóptero. Y quizá, el dinero. Pero es extraño… Si el dinero estuviese cerca de Arlington, los hombres que han sobrevolado esa zona en helicóptero, manejando detectores, lo habrían localizado, supongo.

—A menos que el dinero haya sido enterrado —dijo Baby.

—Sí, claro… Bueno, vamos allá. Supongo que usted no quiere perderse esta excursión al campo —sonrió a Brigitte.

—No sólo no voy a perdérmela, señor, sino que, si usted me lo permite, la dirigiré.

—¿Quieres más café, Harry?

El interpelado, que se hallaba como derrumbado en un sillón, hojeando una revista de varios meses atrás, alzó la cabeza.

—No. Además, ya debe estar frío.

—Eso es cierto. Bueno, lo tiraré, y prepararé más. ¿Por qué no vas a echarle un vistazo al prisionero?

—No digas tonterías —masculló Harry—. Ese pobre hombre sigue en la habitación, atado como una mula; eso es todo. Lo menos que podemos hacer es dejarlo en paz.

—Me parece que tienes razón. Tengo ganas de que termine este asunto… ¿Qué harás tú?

—No sé. Creó que iré a Canadá a pasar una temporada. ¿Y qué piensas hacer tú, Wendell?

—Yo lo tengo decidido desde el primer momento: iré a gastarme los veinte mil dólares, íntegros, a las Bermudas. ¡Aquello es vida!

—Yo prefiero Canadá. Estoy harto de pasar calor. Seguramente iré bien hacia el Norte, porque… ¿Has oído?

—¿Qué?

—Harry se puso en pie y se acercó a la ventana del saloncito del chalé. Tenía razón en lo del calor. Hacía un día espléndido de sol, y en el pequeño jardín no se movía ni una hoja. Agosto se estaba mostrando agotador.

Wendell se colocó junto a Harry, y los dos se quedaron mirando el coche que llegaba, lentamente. Wendell movió la mano derecha hacia el sobaco izquierdo, y se quedó así, inmóvil. El coche se detuvo cerca de la entrada al jardín, y una anciana vestida de negro se apeó. El sol pareció convertir en plata bruñida sus blancos cabellos.

—Es sólo una vieja —dijo Harry.

La anciana estaba mirando a todos lados, de pie junto al coche. Por fin, miró hacia la casa, y, entonces, el sol se reflejó en los redondos cristales de sus lentes.

—¿Qué te parece la abuelita? —rió por lo bajo Wendell—. Está hecha una momia, pero aún tiene agallas para conducir.

—Me parece que se ha perdido —rió también Harry.

La anciana seguía mirando hacia la casa. Parecía vacilar. De pronto, echó a andar hacia el jardín con pasito menudo y un tanto temblequeante, apoyándose en un bastón.

—Es un crimen —gruñó Wendell—. Esa vieja no debería estar autorizada para conducir: está que no se aguanta.

—Viene hacia la casa. Vamos a ver qué quiere.

Fueron hacia la puerta. La abrieron, y se quedaron mirando a la anciana, que estaba cruzando el jardín. Cuando llegó ante ellos se detuvo, y sonrió tímidamente.

—Buenos días… Perdonen, no quisiera molestar, pero me parece que me he perdido, no conozco esta zona… Me dirijo al cementerio.

—Pues en estos momentos —sonrió aviesamente Harry—, va usted precisamente en dirección contraria, señora.

—Oh… ¡Oh, Dios mío! ¡Y estoy tan cansada…! Este calor me mata, y para colmo, se ha estropeado la refrigeración del coche… ¿Serían tan amables de darme un vaso de agua?

—Cómo no, señora. Pase.

—Gracias —la anciana entró en la casa, suspiró, y miró con expresión agradecida, de uno a otro hombre—. Muchas gracias, hijitos. ¡Oh, espero no molestar!, quizá haya niños durmiendo…

—No hay niños —rió Wendell.

—¡Ah, menos mal! Los niños son unos seres tan delicados. ¡Y tan extraños…! Tengo catorce nietos, ¿saben?

—¡Caramba! —rió de nuevo Wendell.

—Sí… Catorce. ¿Sus esposas están en la cocina? Si me dicen dónde…

—Tampoco hay esposas.

—¡Ah, bueno!; siempre temo tanto molestar a los demás. Quizá haya alguien durmiendo…

—Señora, no se preocupe: no hay nadie más en la casa, así que no molestará a nadie.

—¡Cuánto lo celebro! ¿De modo que sólo son ustedes dos?

—En efecto.

—Son pocos para mí.

—¿Qué? ¿Por qué dice…?

Harry no terminó de hacer la pregunta, porque la anciana blandió el bastón sobre su cabeza, rápidamente. Lanzando una exclamación, Harry retrocedió un paso, alzando los brazos, para protegerse del golpe…, y entonces recibió un tremendo puntapié entre las ingles. Lanzó un berrido mientras saltaba encogido, y rodó por el suelo, desvanecido.

Mientras tanto, Wendell emitió un grito ahogado, y llevó la mano hacia la pistola, sobresaltadísimo. Entonces, el bastón que se había cernido sobre la cabeza de Harry, cayó, manejado por la anciana de izquierda a derecha, en diagonal. El golpe acertó de lleno a Wendell en el lado derecho del cuello, con blando chasquido. Wendell puso los ojos en blanco, cayó de rodillas y luego

de lado, y volvió a girar hasta quedar tendido de bruces.

La anciana se inclinó, y le quitó la pistola. Hizo lo mismo con Harry. Luego, de un bolsillo de su amplio y recargado vestido, sacó un aparatito, en el cual apretó un botón, mientras lo colocaba ante su boca.

—Pueden venir. Tranquilamente.

Miró alrededor, con moderada curiosidad. Luego, se metió por el pasillo, y abrió la primera puerta que encontró. La volvió a cerrar, y fue hacia la siguiente… Se quedó en el umbral, inmóvil, mirando al hombre que ocupaba aquella habitación. Estaba sentado en el suelo, de espaldas a la pared de la derecha, en la cual habían sido clavados irnos grandes clavos de gancho, de los cuales colgaban unas cadenas. Al extremo de esas cadenas habían unos grilletes, y éstos se cerraban en torno a las muñecas del hombre. Un hombre que, pese a su aspecto derrotado y con barba de tres días, fue reconocido inmediatamente.

—Tranquilícese, coronel —musitó la anciana— sus apuros han terminado.

—¿Quién es usted? —exclamó Edgar Cush-Marlowe.

—Baby, de la CIA. ¿Está usted bien?

—Sí… Sí, sí. ¿Baby? —Cush-Marlowe estaba atónito, desde luego.

—Sí. ¿No ha oído hablar de mí?

—Claro que sí. Pero creía… Bueno, creía que era… mucho más joven.

La anciana sonrió, y examinó los grilletes que sujetaban al coronel. Luego miró el rostro demacrado del enlace Washington-Londres.

—No va a ser fácil, pero lo sacaremos de aquí. Todo va bien, no se preocupe. ¡Ah!, veo que todavía tiene en su muñeca derecha una de las esposas, y un trozo de cadena. ¿Con qué la cortaron?

—No tengo ni idea —movió la cabeza Cush-Marlowe—. No sé ni siquiera qué día es hoy, ni dónde estoy… No sé nada de nada…, excepto que dos tipos se turnan en visitarme y en traerme comida y bebida.

—Sus peripecias han terminado, se lo repito. Volveré enseguida: voy a ver si encuentro algo para librarle de estos grilletes.

La anciana salió del dormitorio, y regresó al saloncito. Lo

primero que hizo fue registrar a Wendell, y en eso estaba cuando apareció mister Cavanagh, seguido de dos agentes de la CIA. La anciana los miró, sonrió, y metió la manita en el bolsillo donde había oído el tintinear de unas llaves. Las sacó, y se irguió.

—Quizá sean éstas —mostró las llaves—, he encontrado al coronel Cush-Marlowe.

—¿Está vivo? —exclamó Cavanagh.

—Por fortuna, sí. Queriditos —miró sonriente la anciana a los dos agentes—, ¿serán tan amables dé ponerme a estos caballeros en condiciones de ser interrogados?

—Con mucho gusto —ambos sonrieron.

—Venga, señor —le hizo un gesto Baby a Cavanagh.

Cuando entraron, Cush-Marlowe estaba mirando hacia la puerta, expectante e inquieto, pero se tranquilizó al ver a la anciana, que se acercó e introdujo una de las llaves en el cierre de los grilletes.

—Soy Cavanagh, de la CIA —se presentó éste—. ¿Está usted bien, coronel?

—Sí, sí… ¡Por Dios…!

Pareció que, de pronto, Edgar Cush-Marlowe se relajase. La cabeza colgó blandamente sobre el pecho, y su mandíbula inferior tembló un instante, Ni Baby ni Cavanagh hicieron el menor comentario. Una de las llaves correspondía a los grilletes, así, que, en pocos segundos, el coronel estuvo libre. Cavanagh y Baby le ayudaron a ponerse en pie, y lo llevaron hacia el saloncito, donde lo acomodaron en un sillón. Cush-Marlowe escondió el rostro entre las manos, y su cuerpo se estremeció. Baby miró a Cavanagh, y movió la cabeza. No podían hacer nada. Era mejor esperar a que el coronel se desahogase, se tranquilizase. Por supuesto, él tenía que haber sido el primero en comprender que durante aquel tiempo su vida había estado pendiente de un hilo.

Wendell y Harry fueron atados sólidamente, de pies y manos, y tirados sobre el sofá, como fardos. Mientras tanto, Cavanagh había encontrado una botella de *whisky* que puso en la mano derecha de Cush-Marlowe, en silencio, tras contemplar la esposa con la cadena colgada que ceñía su muñeca. Lógico: habían cortado la cadena y se habían llevado el portafolios. Y si no hubiesen podido cortar la cadena, le habrían cortado la mano al coronel, por supuesto. En realidad, considerando el asunto, Cush-Marlowe podía darse por

afortunado.

—Ya sé que es temprano, coronel, pero quizá le sentaría bien un trago.

Cush-Marlowe miró la botella, vaciló, y acabó por destaparla. Mientras bebía, apenas un sorbo, otro agente de la CIA entró en el saloncito, y dirigió su mirada hacia Cavanagh.

—Hemos encontrado el helicóptero, señor. Está en la parte de atrás, en el garaje, con las aspas plegadas. Creo que debería venir a echar un vistazo.

Cavanagh miró a Baby, que, a su vez, lo miró a él. Tras una seña por parte de Cavanagh a los dos Simones que habían empaquetado a Wendell y Harry, salieron de la casa, en pos del agente que les había comunicado el hallazgo del helicóptero.

En el garaje, junto al aparato, habían dos agentes de La CIA esperando. Varios más estaban rodeando la casa, examinando los alrededores.

Cavanagh arrancó los pegotes de barro reseco que ocultaban el distintivo, y asintió con la cabeza, cuando aparecieron las letras y los números. No dijo nada, porque tanto sus hombres como Baby, por supuesto, también estaban viendo la sigla, que correspondía al helicóptero alquilado por Walter Pao Yang.

—Del dinero, nada, claro —musitó la anciana.

—Nada. Pero eche una mirada dentro del helicóptero.

Lo hicieron Baby y Cavanagh a la vez. Dentro del helicóptero, detrás del asiento derecho, vieron un par de zapapicos, y un pico grande y sólido. Las tres herramientas estaban todavía sucias de barro.

—Bueno —masculló—. En efecto, Pao Yang enterró el dinero, así que era inútil que los buscásemos con los Geyger. La pregunta es ¿dónde lo enterró?

—Va a ser un trabajo de chinos encontrarlo —sonrió la anciana.

—Sí. Desde luego, haremos analizar la tierra que hay en las herramientas, y sabremos la zona a que corresponde. Pero esa zona puede tener mil millas cuadradas. Francamente, creo que podemos dar por perdidos los dos millones de dólares.

—De cuando en cuando es bueno perder —musitó la anciana—. Vamos a ver si esos dos caballeros pueden ayudarnos en algo.

Regresaron a la casa. Los dos caballeros se estaban recuperando.

En cambio, Edgar Cush-Marlowe, lo estaba ya completamente, y fumaba con avidez un cigarrillo ofrecido por uno de los Simones.

—Parece que se encuentra mejor —le sonrió Baby.

—Estoy vivo —parpadeó el coronel—. ¿Y eso es suficiente.

—¿No sabe usted qué pasó, coronel? ¿Puede decírnoslo?

Cush-Marlowe movió negativamente la cabeza.

—Lo siento. He estado reflexionando sobre ello todo este tiempo, pero no he logrado entenderlo. Lo único que recuerdo es que cuando mi avión estaba ya muy cerca de Nueva York, fui a los lavabos…

—¿Por qué? —preguntó la anciana.

—¿Por qué? —la miró sorprendido el coronel—. Bueno, pues porque lo necesitaba. Además, siempre lo hago, poco antes de llegar al final del viaje. Luego sabía que tendría que ir en una avioneta, en la cual no hay lavabos, así que…

—Entiendo —sonrió Baby—. ¿Qué más?

—Nada más —parpadeó Cush-Marlowe—. Recuerdo que entré en los servicios. Sí, entré… Y no sé nada más. Cuando me recuperé ya estaba aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde, exactamente?

—Bueno, en el dormitorio donde usted me ha encontrado. Estaba ya encadenado, y me habían quitado el portafolios. Luego, esos dos hombres me han estado vigilando y alimentando. Eso es todo.

—¿No le ha visitado ningún chino?

—No —se sorprendió el coronel—. No, no. ¿Por qué?

—Pues porque…

Baby volvió la cabeza hacia la entrada al saloncito. Allí, uno de los Simones que se habían quedado en el garaje, mostraba en alto una cosa blanda y de color claro, con gesto triunfante. La extendió con las dos manos, y se la colocó ante el rostro: era una máscara con facciones chinas.

—Estaba en el helicóptero —explicó.

Cush-Marlowe miraba estupefacto la máscara. Luego, todavía estupefacto, miró a Cavanagh y a Baby, que a su vez se estaban mirando, él sonriente, ella un tanto mosqueada.

—De acuerdo —refunfuñó—, me he equivocado: todo ha sido obra de Walter Pao Yang. Admitido.

—¿Quién es Walter Pao Yang? —se interesó el perplejo Cush-Marlowe.

—Será mejor que se lo explique usted —dijo la anciana, todavía mosqueada—. Mientras tanto, estos caballeros escucharán bien todo, para que luego no digan que no saben de qué les estamos hablando.

Cavanagh comenzó a hablar. Baby miró a uno de sus compañeros, le sonrió, y le hizo un gesto que fue interpretado exactamente: Simón corrió hacia ella, le ofreció un cigarrillo, y se lo encendió. Mientras Cavanagh hablaba, la anciana fumaba, en silencio siempre, con la mirada perdida, o todo lo más, mirando el humo, que formaba dibujos de un blanco gris muy claro. Parecía no sentir interés por nada.

Pero cuando la explicación terminó, miró a los dos caballeros, de pronto.

—¿Les contrató a ustedes el chino del que mi jefe ha estado hablando?

Wendell y Harry cambiaron una mirada. Bien, ¿qué podían perder, contestando? Si acaso, ganar una cierta clemencia. Sabían ya que estaban en manos de la CIA, nada menos.

—Sí —musitó Harry—. ¡Pero no sabíamos de qué se mataba!

—¿No? ¿Qué les dijo el chino?

—Bueno, hace unos días lo conocimos, en Atlantic City. No se anduvo con rodeos… Dijo que sabía muy bien qué clase de tipos éramos, y que tenía un asunto para nosotros, por el que nos iba a pagar veinte mil dólares a cada uno.

—Les diré una cosa, si Pao Yang no hubiese muerto, los habría matado, como a Jason Harvey y a Kitty Leigh. El asunto está bien claro, al parecer —la anciana miró a Cavanagh—: por su relación con el servicio secreto chino, Walter Pao Yang conocía la existencia de los enlaces, y, posiblemente ayudado por un cómplice que me temo que nunca podremos descubrir, planeó el secuestro del coronel para conseguir, particularmente, dos millones de dólares. Mientras tanto, seguía trabajando en la instalación electrónica. El otro chino debió enterarse de algo, fue a su apartamento cuando Pao Yang estaba a punto de escapar para disfrutar tranquilamente de los dos millones de dólares, y lo mató. Luego, temiendo que Pao Yang hubiese cometido indiscreciones peligrosas para su cometido

en la instalación del taller de reparaciones, se fue a toda prisa a desmontarlo para llevarlo a otro sitio. Es todo.

—Entonces —casi sonrió Cavanagh—, admite usted que fue Pao Yang quien mató a Harvey y a Kitty Leigh, que el otro chino le mató a él…, y que luego se deshizo del arma.

—¿Acaso ha podido ocurrir de otro modo? —encogió los hombros Baby—. Sea como sea, hemos conseguido rescatar con vida al coronel Cush-Marlowe, lo cual no es poco, y, además, gracias a la estúpida ambición de Pao Yang, hemos desarticulado antes de que comenzase a funcionar esa formidable instalación de espionaje… ¡No creo que se pueda pedir más! Pero claro, todo tiene un precio. En este caso, el portafolios que transportaba el coronel. Seguramente, jamás lo encontraremos.

—¿Qué quiere decir?

—O mucho me equivoco, o está con los dos millones de dólares, enterrado. Lamentable, en cierto modo, pero al menos tenemos la esperanza de que esos informes no han llegado a poder de nadie.

—¿Cree que puede ser así? —exclamó Cush-Marlowe, esperanzado—. ¡Eso sería magnífico!

—Puesto que su secuestro fue organizado por Pao Yang, no podemos pensar otra cosa. Si algún día encontramos el dinero, encontraremos el portafolios. Está bien claro. En realidad, sólo hay una cosa que no está clara, y que me tiene irritada: ¿cómo sacaron al coronel del «Boeing 707»? ¿Alguien tiene alguna idea, al respecto?

Nadie contestó. La anciana fue mirando de uno a otro a todos los presentes, incluidos Wendell y Harry. Movió la cabeza, sonrió, y se puso en pie.

—¿Puedo regresar a casa, señor? —miró a Cavanagh.

—Bueno… Sí, claro… Por supuesto. Nosotros nos encargaremos de todo.

—Gracias —la anciana tendió la mano a Cush-Marlowe—. Adiós, coronel. Espero que se recupere pronto del rusto.

—No sé cómo agradecerle… —empezó Cush-Marlowe.

—Hemos trabajado todos, no yo sola —la anciana retuvo la mano del coronel, mirando la esposa que rodeara su muñeca, con un trozo de cadena colgando—. Supongo que la llave de estas esposas llegará pronto, y le aliviarán de esta molestia. Le deseo un

feliz viaje de regreso a Londres, coronel. ¡Adiós a todos!

La anciana salió de la casa, seguida de un Simón, al que miró con gesto interrogante.

—La voy a llevar a Langley, para que desde allí la lleven en helicóptero adonde usted quiera, Baby —sonrió el espía—. Y no me diga que no, porque el viejo me ha ordenado con la mirada.

—No es viejo —le regañó Brigitte, sonriendo.

—Bueno… Es que, a veces, le llamamos así.

—Pues no deberían hacerlo. Nada deprime tanto a una persona como saber que ya le consideran viejo, Simón.

—No lo dirá por usted —rió el espía—. ¡Caracoles, si no fuese porque sé que usted es usted, podría pasar a su lado un millón de veces sin reconocerla! ¡Parece, de verdad, una viejecita!

Brigitte *Baby* Montfort se quedó mirando fijamente a Simón. Por fin, parpadeó, lentamente, antes de bajar la mirada hacia el suelo.

—Lléveme a Langley —susurró.

Capítulo IX

Ocho días más tarde…

Hacia las diez y media de la noche, el coronel Cush-Marlowe salió de su club privadísimo en Mayfair, Londres. Subió a su coche, un discreto «M. G.» y partió… No hacia su domicilio directamente, sino hacia cierto bar elegante donde, en ocasiones, se detenía a tomar la última copa en solitario, sin tener que soportar la conversación de sus consocios del club.

A las once menos veinte, el coronel bajaba la rampa del *parking* que había justo debajo del elegante bar. Colocó el coche en uno de los espacios señalados, paró el motor, apagó las luces… y encendió un cigarrillo.

Segundos después, la portezuela de otro coche situado a corta distancia se abrió, y un hombre se apeó, lentamente. Un hombre de raza blanca, atractivo, de cortos cabellos rubios, boca grande, pómulos altos y anchos, en uno de los cuales, juntos, se veían dos pequeños lunares. Bajo la lívida y más bien escasa luz de los fríos tubos de neón, el hombre se dirigió hacia el coche de Edgar Cush-Marlowe, abrió la portezuela de la izquierda, y se sentó junto al coronel, que lo miró atentamente en la penumbra del interior del coche. Antes de que dijese nada, el otro puso sobre sus rodillas el grande e hinchado portafolios.

—Quinientas mil libras, coronel.

Cush-Marlowe sacó su billetera, separó el doble fondo, y sacó un pequeño sobre blanco, que tendió al desconocido.

—Las microfotos, Yegerov.

—Gracias. ¿Todo fue bien?

—De acuerdo a lo planeado. ¿Y por su parte?

—También. Solamente quería hacerle una… observación personal: no nos gusta su desconfianza. De no haber sido por ella, esta información habría llegado a. Moscú hace diez días.

—Le comprendo a usted, Yegerov —admitió Cush-Marlowe—. Pero, en espionaje, nadie es amigo de nadie.

—No sea estúpido —gruñó Yegerov—. ¿Cree que vamos a prescindir de usted por quinientas mil libras miserables? Aquí las tiene, ¿no es así? Nos interesa más su colaboración que el dinero que le pagamos por ella.

—Véalo desde mi punto de vista, Yegerov… Si yo le hubiese facilitado a usted la información antes, quizá ustedes habrían decidido no complicarse la vida conmigo, y eliminarme en Estados Unidos.

—Podría matarle ahora mismo, ¿no le parece?

—No. Ahora, ¿para qué? Ya no hay complicaciones. Pero si algo hubiese salido mal allá, usted, para impedir que yo le delatase, me habría eliminado. Para asegurarme de que velaría por mi vida, yo partí de Londres con el portafolios vacío, después de microfotografiar los documentos y quemarlos. Así sabía que usted se preocuparía de que volviese vivo a Londres, para entregarle las microfotos. Por lo demás, creo haberme portado bien, y haberle ayudado, no sólo en esta información sobre los convenios anuales entre Washington y Londres, sino que colaboré en su doble cometido de eliminar de Washington aquella célula del Lien Lo Pou que tan preocupada tenía a la M. V. D. Por cierto: fue una admirable jugada de ustedes; les felicito.

Yegerov sonrió secamente.

—Gracias. En efecto, creo que fue una buena jugada. Si nos hubiésemos metido directamente con los chinos, quizá habríamos tenido complicaciones de varias clases. Pero, al secuestrarle a usted y mezclar en ello a Pao Yang, lo que conseguimos fue que la CIA se encargase de su red y la aniquilase: no queremos una competencia tan fuerte en Washington.

—¿Sabe? —sonrió, de pronto, Cush-Marlowe—: tenemos completamente desconcertada a la agente Baby. Todavía debe estar pensando cómo demonios pudieron sacarme del «Boeing 707».

—No se fíe de ella. Esa mujer es… un monstruo, Marlowe.

—¡Qué tontería! —rió el coronel—. Es una mujer, simplemente. Veamos… Yo salgo de Londres en avión, y al llegar a Nueva York, he desaparecido. Solución: nadie me ha secuestrado, sino que yo mismo, que tengo otro pasaporte y otro pasaje, en clase turística,

realizo la metamorfosis. Primero, entro en el avión como el coronel Cush-Marlowe. En los lavabos de la clase turista, me pongo el traje del revés, me quito la corbata, y me coloco las patillas, el bisoñé de cabellos de otro color, y la barbita, así como las lentillas de contacto, todo lo cual llevaba en el portafolios, así como una funda de piel, para éste. Como quiera que, naturalmente, he conseguido una llave de las esposas, y por supuesto del portafolios, no hay problema. Una vez cambiada mi personalidad, hago acto de presencia en la clase turista, y ocupo mi asiento. Luego, vuelvo a los servicios, esta vez los de primera clase, y me convierto de nuevo en Cush-Marlowe hasta que se acerca el final del viaje. Entonces, vuelvo a los servicios de primera clase, y dejó caer al suelo la pequeña ampolla de gas, saliendo inmediatamente. Voy a los servicios de la clase turista, y allá, de nuevo encerrado en una cabina, me convierto, de nuevo, en Leonard Shafter. Con esta personalidad, siempre el portafolios de acero protegido de nuevo con la funda de piel, me presento de nuevo en la clase turista, simulando que he estado en el bar, o conversando con algunos amigos que hacen el mismo vuelo en la otra clase. Total, que mientras la CIA espera a Cush-Marlowe, Leonard Shafter pasa ante sus narices, tranquilamente. Camino de la aduana, usted se cruza con nosotros, y me cambia el portafolios forrado por uno normal, dentro del cual hay útiles de aseo, etcétera. Paso la aduana como Leonard Shafter, usted me recoge, y me lleva al chalé de Arlington, tranquilamente… ¿Cree que alguien puede llegar a sospechar una cosa así, Yegerov?

—Supongo que no. Y si más adelante, los rusos damos muestras de conocer la información que usted debía llevar, siempre podrán pensar que, a fin de cuentas, alguien consiguió su portafolios. Alguien a quien pudo dárselo Pao Yang.

—Exacto. Para todos, fue Pao Yang quien, traicionando su cometido básico en Washington, complicó las cosas secuestrándome para pedir rescate, simulando ser un grupo más o menos importante de aventureros llamado Phantom. Tal como usted hizo las cosas, nadie podrá pensar otra cosa. En cambio, la realidad es que usted sobornó a Pao Yang desde el principio, cuando lo conoció en Londres, hace varios meses, y fue así como se enteró de que los chinos estaban instalando todo aquel material electrónico de

espionaje. Recibida la orden de Moscú de que procediese a eliminar tan molesta competencia, decide matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, conseguir que yo le facilite toda la información anual sin que sospechen de mí, con el fin de seguir utilizando mis servicios en el futuro. Por otro lado, eliminar a los chinos. Pao Yang alquila un helicóptero y contrata a los dos de la casa de Arlington. Usted contrata a Jason Harvey y a su novia Kitty Leigh. Cuando ya han cumplido su parte, los elimina. Luego va al apartamento de Pao Yang, quien, siguiendo instrucciones de usted, ha citado allí con urgencia a Tin Ho Kio. Cuando éste llega, usted ya ha matado a Pao Yang, y lo ha dejado todo preparado para que la CIA piense lo que usted desea; basándose en la información que, siguiendo sus instrucciones, ha facilitado Kitty Leigh a la CIA, ésta localiza a Pao Yang, y, como es lógico, van a por él. Justo a tiempo: llega Tin Ho Kio, sube a ver qué quiere Pao Yang con tantísima urgencia, y lo encuentra muerto, mientras usted, con otro aspecto y otras ropas está escondido en el tejado de la casa. Claro, Tin Ho Kio se asusta al ver muerto a Pao Yang, y como éste le ha llamado con tanta urgencia, se huele el peligro. ¡Algo ocurre!, piensa, lógicamente. Y corre hacia su nido…, llevando tras él a la CIA. La grandiosa CIA, que no sólo obtiene un gran triunfo, destrozando esa red de espionaje chino, sino que consiguen liberarme a mí. Fabulosa CIA, ¿no le parece? Y como usted ya ha conseguido lo que quería, regresa a Europa. Y como yo ya no tengo nada que hacer en Estados Unidos, regreso a Londres y consigo unos días de vacaciones para tranquilizarme. Y finalmente, le entrego a usted microfotos de la información que les interesaba, y, aunque Rusia demuestra estar al corriente de las secretas relaciones Londres-Washington, no buscarán un traidor, ya que todos saben que fui secuestrado y que me quitaron el portafolios, que Pao Yang pudo negociar. ¿Es así?

—Por supuesto.

Edgar Cush-Marlowe suspiró profundamente.

—¿Y usted teme que una jugada semejante pueda ser sospechada por alguien, Yegerov? ¿Aunque ese alguien sea la mismísima agente Baby?

—No parece probable, desde luego —el ruso encogió los hombros—. Bueno, estamos charlando demasiado coronel. Lo que siento de todo esto es que no he podido conseguir la identificación

de Baby. Según usted, es una anciana. Y yo, por mi parte, la vi como una muchacha rubia de ojos verdes…, tan bonita, que jamás la olvidaré.

—¿Se ha enamorado de ella? —rió Cush-Marlowe.

—No diga tonterías. Si la encuentro alguna vez en mi camino, la mataré. Bien… ¿Todo entendido?

—Desde luego. Pero no busque contacto conmigo hasta que hayan pasado, por lo menos, tres meses.

—De acuerdo. Y en lo sucesivo, espero que tenga más confianza en mí, con lo que me evitará muchas complicaciones. ¡Adiós!

Yegerov salió del coche de Cush-Marlowe, regresó al suyo, y segundos después, emprendía la subida por la rampa. El coronel esperó un par de minutos. Salió del coche, metió el portafolios en el maletero, tras contemplar el dinero, y lo cerró. Sonriendo, se dirigió hacia la salida de peatones. Muy pronto, tendría que ir a Suiza, y las quinientas mil libras esterlinas irían con él, del modo que ya tenía planeado.

Salió a la calle, giró a la derecha, y entró en el bar. Se sentó ante el mostrador, y pidió un *brandy*. Sí, señor: lo mejor del mundo sería para él, lo tendría todo. El elegante bar en el que se disponía a tomar la última copa, sería, entonces, poco para él.

—Es embriagador el perfume del triunfo, ¿verdad, coronel?

Volvió vivamente la cabeza hacia donde había sonado la voz, a su izquierda.

Y en el acto, Edgar Cush-Marlowe quedó pálido como un muerto.

La anciana se sentó a su lado, en otro taburete, con sorprendente y graciosa agilidad. La anciana de blancos cabellos, negras ropas, lentes de cristales redondos, mirada azul y penetrante… La anciana que depositó delante de Cush-Marlowe lo que parecía una simple caja metálica.

—Hemos grabado su conversación con Yegerov en el coche, coronel —dijo, amablemente—. Desde que regresó usted a Londres está rodeado de micrófonos, y de hombres que le siguen a todas partes. ¿De verdad no se había dado cuenta?

Cush-Marlowe tragó saliva, y miró a su alrededor. En la puerta del bar habían dos hombres, altos, de semblante hosco, mirándole fijamente, con la mano derecha metida en el bolsillo del pantalón,

con un gesto lleno de naturalidad que el coronel conocía muy bien.

—Son del MI6 —explicó la anciana—. Y afuera, siguiendo al ruso, va un querido amigo mío al que llamo Fantasma. Un espía excelente, aunque ahora está complicándose la vida con cargos directivos no sé de qué cosa, dentro del Ministerio. Seguramente, usted lo conoce por su nombre: John Pearson. Y ése sí que es un verdadero fantasma, y no ese absurdo grupo que pedía dos millones. A propósito de dinero: es evidente que Yegerov sacó de Estados Unidos los dos millones, así que mi Gobierno se tendrá que resarcir con esas quinientas mil libras que usted ha cobrado… Y aún ganamos un poquito. En cambio, usted…, ¿qué va a ganar?

—Dios —jadeó Cush-Marlowe—. ¡Dios!

—Vamos, vamos, sea deportista. Los ingleses tienen fama de buenos deportistas, en el más amplio sentido de la palabra. Hay que saber perder. Y nunca hay que pensar que los demás son tontos. A veces, de la más insignificante chispa, brota el más grandioso incendio. Por ejemplo, cuando después de despedirme de usted me disponía a ir a Langley para utilizar un helicóptero, uno de mis queridos muchachos dijo, siguiendo determinada conversación: ¡caracoles, si no fuese porque sé que usted es usted, podría pasar a su lado un millón de veces sin reconocerla! Y en ese mismo instante, ¡zas!, comprendí la verdad. Fue como un rayo que llenase mi mente de luz. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡A mí, que me he disfrazado en mi vida miles de veces! ¡Santo cielo! ¿Cómo no se me había ocurrido a mí que, precisamente, estaba disfrazada en aquel momento? Pero de pronto, se me ocurrió, lo comprendí… ¿Cómo habían sacado al coronel Cush-Marlowe del «Boeing 707»? Pues, de ninguna manera. No lo habían sacado, sino que él había salido. ¿Verdad, señor Leonard Shafter?

—Dios…

—¡Deje en paz a Dios, cerdo! Ahora, lo único que puede hacer es terminarse su *brandy*, darme las llaves de su coche, y reunirse con sus dos amigos —señaló hacia la puerta— que le están esperando con gran impaciencia. Las llaves.

La anciana tendió la mano. Cush-Marlowe sacó las llaves del coche. Las manos le temblaban tanto que el temblor comenzó a comunicar a todo el cuerpo. La anciana le arrebató las llaves, y bajó del taburete.

Ni siquiera volvió a mirar a Cush-Marlowe. Fue hacia la puerta, y, al pasar junto a los dos agentes del MI6, susurró:

—Todo entero para ustedes, muchachos.

La anciana bajó al estacionamiento, localizó el coche de Cush-Marlowe, se sentó ante el volante, y puso en marcha el motor. De pronto, sacó la pequeña radio de un bolsillo, y apretó el botón.

—¿Qué? —sonó la voz.

—Tus hombres ya tienen al coronel, John. ¿Hacia dónde va el ruso?

—Hacia el aeropuerto, estoy seguro. Pero, escucha, Brigitte, yo mismo puedo encargarme de él…

—No. ¿Heathrow?

—Sí, hacia Heathrow, sí.

—Bien.

Cerró la radio, y condujo el coche hacia la rampa.

Este es el final

Anatoli Yegerov caminaba alegremente hacia la salida del vuelo de Air France que, a las doce y media, lo dejaría en el aeropuerto de Orly. Los altavoces habían anunciado ya la salida de aquel vuelo nocturno.

Satisfecho, orgulloso, seguro de sí mismo, el espía soviético caminaba con aire deportista, estirando bien sus largas piernas, notando sus músculos, notando la sangre, la vida… La dura vida del espía, que no siempre consiguen tantos éxitos como la gente corriente piensa.

Pero aquél, sí. Aquél era un gran éxito… ¡El gran éxito de Anatoli Yegerov! A las doce y media, estaría en París, aproximadamente. Pero ya, en el propio Orly, habría entregado el microfilme a su compañero de la MVD Habría cumplido. Desde hacía mucho tiempo, Anatoli era un enlace corriente, entre Londres y París. En Londres, reclutaba agentes secretos de diversas nacionalidades que estuviesen dispuestos a venderse al oro de Moscú. Los buscaba, los sondeaba, les hacía ofertas… Había conseguido un aceptable grupito de puercos traidores, pero, ciertamente, ninguno como Edgar Cush-Marlowe. Hasta entonces, Anatoli Yegerov había sido considerado un enlace de acción, de categoría más bien discreta.

—Pero eso se acabó —pensó Anatoli—. ¡Se acabó!

Sin la menor duda, después de su último éxito, sería considerado el mejor enlace doble en todo el continente europeo. Él, Anatoli Yegerov, lo había conseguido. Estaba iniciando la subida que le llevaría a la cumbre.

La anciana apareció de pronto, caminando como a su encuentro. De momento, Anatoli, no le hizo el menor caso. Simplemente, la miró, igual que miraba a otras personas, o los carteles, o los sillones, o los cristales. Pero acto seguido, la mirada de Anatoli

regresó, vivamente, hacia la anciana, que a su vez lo estaba mirando, fijamente.

Estaban a menos de seis metros uno del otro cuando Yegerov se detuvo. A través de los redondos cristales, veía los azules ojos de la anciana, fríos como hielo, fríos como la muerte.

En aquel momento, Yegerov no llevaba pistola. Solamente llevaba un pequeño maletín de viaje, en la mano derecha. Sólo eso.

La anciana también se detuvo, por fin, delante de él, menos de medio metro, siempre contemplándole con aquella fijeza terrible, de la que solamente él se daba cuenta. Sí, estaba viendo la muerte en aquellos ojos, mucho más juveniles que el aspecto general de la anciana. Anatoli Yegerov no sabía lo que pensaba el cerebro que había tras aquellos ojos, y seguramente, se habría sorprendido si la anciana le hubiese dicho que iba a vengar las muertes de Jason Harvey, de Kitty *Pechos grandes* e, incluso, del colega chino que, simplemente, hacía su labor de espía.

Anatoli Yegerov no podía saber esto.

Pero sí sabía, con toda certeza, que en Orly, un agente de la MVD esperaría en vano la llegada del enlace Londres-París, llamado Anatoli Yegerov.

FIN